

VÉRTICE





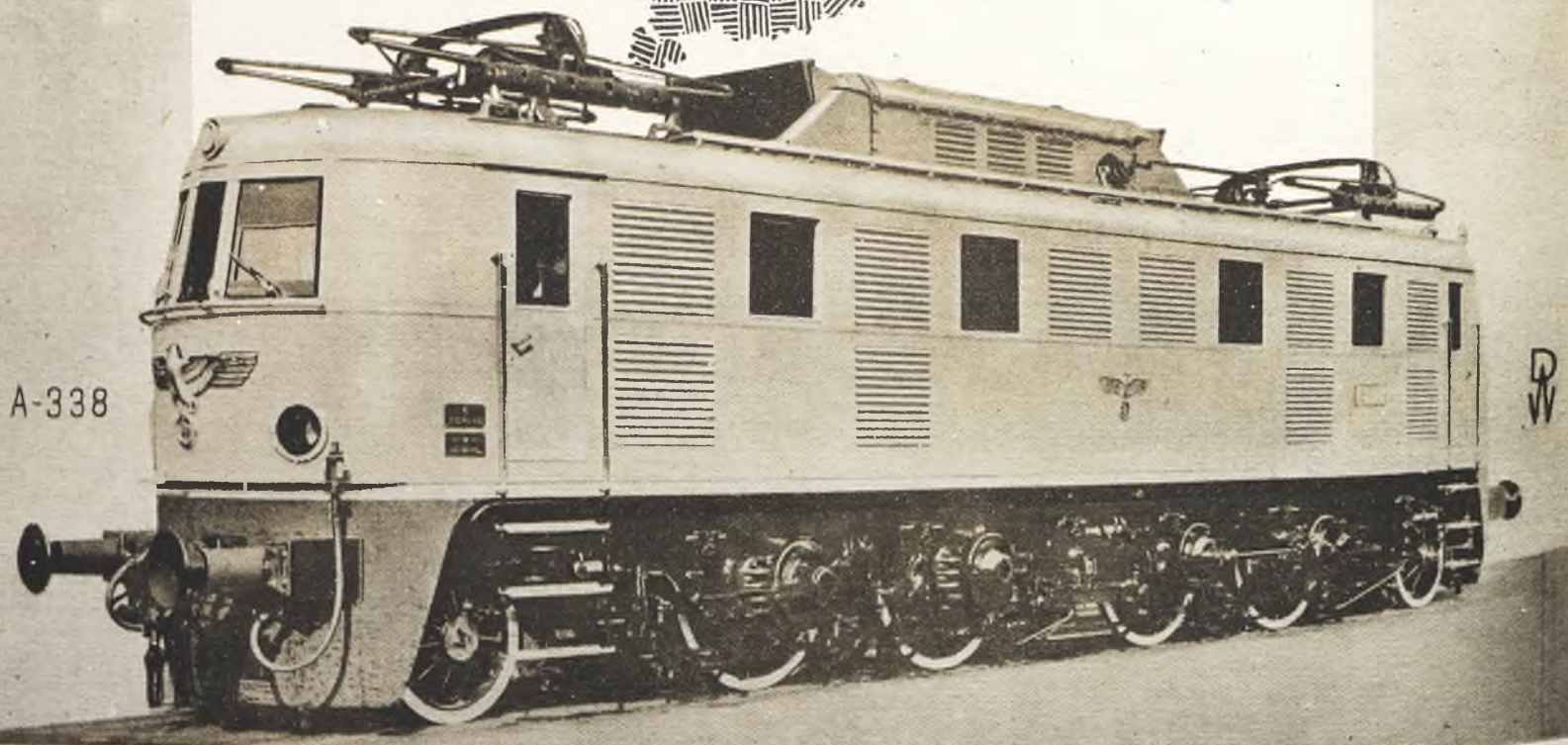
UNA IDEA UNA REALIZACION

En el año 1879 se construyó en Alemania la primera locomotora eléctrica del mundo. Esta locomotora arrastraba 3 coches, cada uno para 6 viajeros, en un recorrido circular de 300 metros.

Perfeccionando esta primera construcción, año tras año, se llegó a fabricar en el año 1940 la mayor locomotora eléctrica del mundo, con bastidor enterizo de 8.000 HP. de potencia, pudiendo arrastrar una carga de 360 toneladas a la velocidad de 200 kilómetros por hora.



Europa, siendo el Continente de posibilidades ilimitadas, fecunda las obras mas transcendentales del mundo entero.



S U M A R I O

NAPOLEON. Teixeira de Pascoaes. Traducción de Alvaro Cunqueiro.

I CONCURSO NACIONAL DE CANTOS Y DANZAS ESPAÑOLAS

SALTIMBANQUIS. Josefina de la Maza.

TRES MUJERES Y UN GENIO. Francisco Sintés.

LA OBRA EJEMPLAR DE UN HISPANISTA ALEMAN. Angel Dotor.

JARDINES. Páginas en huecograbado.

PAGINAS EN COLOR. Ricart.

EL SOMBRERO ESPAÑOL. Nieves de Hoyos.

GALICIA LEJANA. José María García Rodríguez.

PINOS FRENTE AL MAR Y CASA CALLEGA. Páginas en huecograbado.

UNA PAGINA EN COLOR. Máximo Ramos.

LEYENDA INCOMPLETA DE LA CALLE DEL MAR. R. Neyra Govantes. Ilustraciones de T. Delgado.

EL FANTASMA. Cuento. Ortiz de Pinedo. Ilustraciones de Esplandú.

MANCHUKUO. Gaspar Tato Cumming.

ORTO. Poesía. Miguel de Acosta. Ilustraciones de Valbuena.

CUATRO AUTORES. Camilo Losada de Soto.

ISABEL DE CASTILLA. J. Enríquez de la Rúa.

AZULEJOS ESPAÑOLES: EL PEREGRINO Y LA TITIRITERA. Julio Escobar.

UNA FECHA. Luis Rosales.

EL MUSEO ARQUEOLOGICO PROVINCIAL DE LUGO. J. Trappero Pardo.

PAGINAS EN COLOR. Rodríguez Pescador.

ACTUALIDAD NACIONAL Y EXTRANJERA.

Director: SAMUEL ROS - Dirección artística: A. T. C.

Redacción y administración: Avenida de José Antonio, 62.

Teléfonos 22730 y 24730. Madrid. - Impreso en Gráficas Españolas, Madrid, y Talleres Offacet, San Sebastián.

PRECIO: 8 PESETAS





Por TEIXEIRA DE PASCOAES

Traducción de Alvaro Cunquero

EN el mundo físico la misma causa produce siempre el mismo efecto. Una siempre, se nos parece como dotada de un carácter inmutable. Es siempre el mismo hueso. Pero las fuerzas naturales y fatales se hacen vivas en el hombre. Enloquecen o actúan por cuenta propia. Nuestra alma adquiere así su libertad. Ella es libre y nosotros somos sus esclavos. Obedecemos sus caprichos y realizamos lo que ella sueña. El móvil de la acción humana es el sueño, el nocturno y el diurno, el trascendente y el inmanente. El sueño se nos revela como personaje orientador. El héroe antiguo procedía conforme a los avisos recibidos de algún dios que, durante el sueño, le hablaba. El sueño diurno o inmanente no se personaliza; actúa en nosotros de un modo indefinido, pero adquiere también un poder extraordinario en algunos temperamentos. Tenemos el sueño religioso de Pablo y el político de Napoleón. Y es todo lo que tenemos desde que en las hojas de los árboles sonó la muerte de Grecia.

La Historia es el sueño humano en actividad, trasbordada en algunos períodos de su lecho. Entonces la Historia es un espectáculo maravilloso: el Regreso de las Cenizas, el Apóstol en el camino de Damasco.

Si el origen de los acontecimientos es fantástico, el derivar de los mismos obedece a un principio afirmativo y negativo, pues toda afirmación corresponde a una negación y al avance el retroceso. El exceso de movimiento en un sentido provoca el rechazo. Cuando las masas abusan de su dominio, surge el individuo que las domina, y viceversa. Es el flujo y reflujo de la onda. Se produce una expansión indefinida cuando los pueblos caminan del nacionalismo pagano para el universalismo cristiano. En caso inverso, se produce una concentración definidora. Nacionalismo y universalismo, guerra y paz, dos límites absolutos que mutuamente se repelen.

La Historia es progreso y reacción, ida y vuelta, una oscilación entre dos puntos irreductibles: el gaseoso y el sólido. Esta oscilación pendular normal tiene momentos anormales. Vemos la planicie y la montaña, la bonanza y el temporal, Napoleón y Luis XVIII. Pero todos los períodos históricos resultan o nacen, o mejor, renacen unos de otros. Asistimos a una sucesión de renacimientos. La Revolución del 89 repite las luchas de la plebe contra el patriciado, como la Iglesia católica medieval repite la unidad imperial. La Edad Media es parodia religiosa del cesarismo. Sólo hay renacimientos. El nacimiento es una hipótesis escondida entre las tinieblas del pasado y una aureola que encanta la niñez de los viejos. La Historia, siendo la descripción interpretativa del sueño humano, es un drama en el sentido shakespeariano de la palabra, con lances esquilianos o sobrenaturales: drama sentimental o judaico, intelectual o griego, político o romano, económico o británico. El drama romano lo heredó Francia en la Edad Moderna y le dió la grandeza napoleónica.

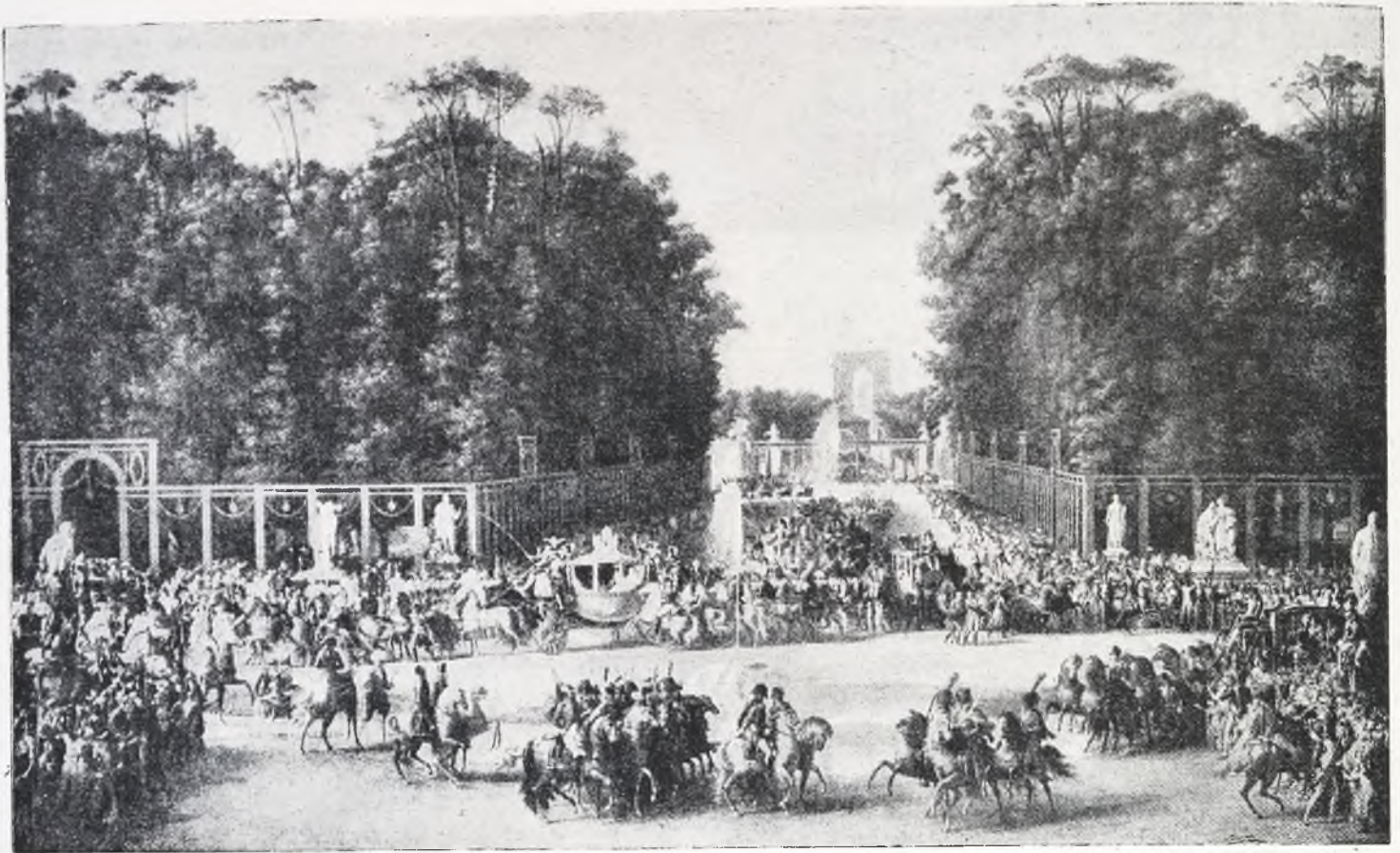
La Historia adquiere, desde 1789 a 1815, una altura extraordinaria, un carácter de epopeya. Llegamos a la Revolución y al Imperio, a la expansión creadora de un pueblo y a su concen-

tración definidora en un solo hombre. Esta epopeya, prefaciada por los franceses, la compone un héroe y un poeta. La Revolución es el prólogo de Napoleón, y éste, concluyéndola o definiéndola, la metió en el dogma: es su iglesia.

¡Qué epopeya! ¡Qué riqueza de escenas, personajes y escenario! ¡Marat, ese rugido de la plebe, y el Kremlin, el orgullo petrificado de los Zares! La Marsellesa y Bonaparte son el mismo himno rasgando las tinieblas. Desaix y las Pirámides, Ney y la nieve de la retirada, Josefina y El Escorial, la Malmaison y el Tajo y el Niemen... El palco es el mundo, y tiene como centro a París, la nueva urbe, la Roma del Anticristo. Pero el actor supremo es mediterráneo, grecolatino, como cualquier sirena o tritón; posee el doble encanto de las canciones seductoras y el ronco son del cuerno, que desata las tempestades. Es el Renacimiento individualizado, una estatua hecha en carne viva por el pueblo, que en ciertas horas es Miguel Angel, porque sabe esculpir sus héroes. El señor es una obra de los esclavos.

La Revolución es el prefacio de Napoleón y de la Historia Moderna de Europa, en el estilo de la Grecia de Alejandro, la Roma de César y el Egipto ignoto de Sesostris. En el remoto pasado se esfuma el perfil de un Faraón, mixto de dios y cocodrilo, con la máscara momificada y hierática, bajo una umbrela de lino; y otro fantasma dormita en una tienda de campaña, con la cabeza sobre una "Iliada" y con la "Iliada" en la cabeza, y otro más duerme, esta vez para siempre, al pie de la estatua de Pompeyo. Ahora todos los fantasmas son uno solo: Napoleón Bonaparte, sobre los Alpes, envuelto en una nube gloriosa. Si tenemos una Historia moderna se la debemos a él, pues los hechos que no se personalizan se suman en un derivar monótono e incoloro. ¿Qué es un drama sin personajes? Pues la Historia es un drama.

Repito: existen Grecia y Judea y dos acontecimientos: Cristianismo y Revolución Francesa. Después de la "anormalidad cristiana" (San Pablo) aparece la libertad revolucionaria, reaccionando contra el predominio del clero y de la nobleza, únicos detentadores de la verdad y del dinero, que es la verdad acuñada en oro, plata o cobre o en asignados de papel. ¿No es la verdad el valor de las cosas? La verdad existe en las cosas como el valor en la moneda. Las propias cosas son monedas con la efigie desgastada. ¿Será un rey o un gorro frigio? ¿Monarquía o República? ¿Quién vive? ¿Luis XVI o Marat? El Universo fué una monarquía, con Jehová en el trono; se transformó en una república con un célebre triunvirato. La libertad fué una especie de renacimiento laico del cristianismo, la redención, conquistada por la voluntad popular; que el pueblo es dios de sí mismo cuando se levanta en tempestad. Tiene su "Evangelio", con oraciones democráticas dirigidas al "Ente Supremo" y a la Diosa Razón por los "sans-culottes", y tiene un Sumo Pontífice: Robespierre. Se trata de un Ente Supremo y de una Diosa. Siempre Judea y Grecia, Jehová y Aspasia, la cortesana y el profeta, el amor, ¡el amor! Si la ley de Cristo se hubiese impuesto a la humanidad,



no habría luchas fratricidas. Pero esta ley, con dos mil años de existencia, necesita todavía de predicación, tan sobrehumana es y tan deshumanos son los hombres. Nuestros instintos primarios ofrecen una espesura impenetrable a la onda luminosa, venida de más allá del espacio y del infinito. La onda se exalta, reacciona, y en vez de luz celeste es fuego infernal. La teología se convirtió en mero filosofar y el verbo de Cristo en el grito de Marat. Se produjo la explosión fatal. La vieja Europa saltó en pedazos por el aire. Cristo ahora es el Anticristo; Bonaparte, el genio de la guerra y el genio social, el autor del Código que destruye el pasado y crea el futuro. Esta es la misión del Héroe. Pero, embriagado con su propia grandeza, la traicionó. Sin la comisión de ese pecado, ¿adónde llegaría? Produce vértigo el pensarlo. Su estatua se levantaría tan alta en el corazón de la vieja Europa que golpearía con su frente la luz del sol. Durante la noche brillaría su perfil como si estuviese incandescente. Pero toda ascensión lleva incluida la caída. Se nace para morir. Desde el día original andamos buscándonos, buscándonos a nosotros, que somos ilusión pasajera. Gastamos una eternidad por culpa de un minuto. Para el hombre nada vale la eternidad parada al borde del camino, sino el tiempo que vuela.

Bonaparte desenvaina la espada de arcángel, corta de relámpagos el cielo italiano, el faraónico y el bíblico, y se sienta, cual Júpiter cansado, en una cátedra, con el nombre de Napoleón. Engorda, sueña con fundar una dinastía, quiere un hijo. Y entonces su estrella palidece, ofendida. Le desagrada la archiduquesa María Luisa. La sangre de la estrella napoleónica no es azul, es roja. "Me equivoqué—dijo en Santa Elena—, porque era únicamente un hombre". Y esto lo decía en la isla, admirado de lo que había hecho no siendo más que un hombre. El que se admiraba no era él, sino el dios que fué en otra edad antigua más hermosa, y que en ciertos momentos se le aparecía, en la angustia del destierro, atravesando las íntimas negruras, destacando las áureas facciones.

El que es hoy, ya fué. El cuerpo vivo deja, caminando para

el túmulo, un rastro de cadáveres. Fallece y resucita a cada instante de un modo relativo, hasta alcanzar el absoluto. Pero lo alcanza en la muerte, no en la vida, por la ley del menor esfuerzo. Acostado es la posición más cómoda. De aquí deriva la gran tragedia: la debilidad de la fuerza, la cobardía de los héroes, la sensualidad de los místicos, la estupidez de la inteligencia y otras contradicciones de la Naturaleza.

Nos equivocamos por inocencia intelectual o locura de la voluntad, o víctimas de un conflicto entre la razón y el corazón. Y el hombre es lo que su destino manda, la potestad que los propios dioses obedecen, según cantaba un poeta pagano. El destino es el propio hombre.

Napoleón es el ser humano por excelencia, llegando al campo de la Historia con todo su poder zoológico y bíblico, toda la herencia darwinica y adámica, una fantástica y otra natural. De aquí el misterio de su alma, la más compleja trama psicológica urdida en un vientre femenino, el máximo de energía vital anidada en un esqueleto: energía negativa y afirmativa, intelectual y sentimental, rectilínea y curvilínea. La traducción geométrica del valor es la línea recta. La curva es el símbolo de la prudencia. Y de la cobardía. Los actos de Napoleón participaban del instinto orgánico, biológico, y las ideas brillaban como estrellas en su cerebro. Un astro asciende y apaga la oscuridad. Como el "Saturno" del Ticiano, esa imagen terrible de un creador omnipotente que devora sus criaturas para alimentarse; ingiere hijos muertos para vomitarlos vivos, una existencia de pesadilla monstruosa.

Su inteligencia excesiva comprendía demasiado las cosas, que se le figuraban insignificantes. Veía como nadie la realidad, y por eso la despreciaba... Pero lo que es virtud en un filósofo puede ser yerro en un político; el político debe atender a todo y aprovechar el valor de las nulidades. Muchas veces de la pequeñez de la causa resulta la grandeza del efecto. El alma es hija de cosas insignificantes, del ridículo mismo. No hay alma que le huya a la sed del ridículo. La panza de Sancho y la calavera de Don



Quijote se recortan en un mismo cielo azul. Pesan lo mismo en la balanza, aunque después de la Biblia sólo exista Don Quijote.

“Amo el poder como artista”, decía Napoleón, en plena conciencia de sus facultades. No ignoraba sus facultades, pero ignoraba las que le faltaban. Por eso añadió: “Soy un ser enteramente político”. Adoraba sus cualidades y sus defectos. Todos adoramos nuestros pecados. Sólo los medrosos de la vida, los moralistas, que son calumniadores del Criador. La sensualidad está en la base de la sociedad y la castidad es nihilista. ¡Oh, San Jerónimo y tus novias de Cristo! Aquel que ignora la utilidad de lo inútil, la riqueza de la pobreza, la fertilidad del desierto, no pasa de ser un animal inferior.

Napoleón pecó, en nombre de la familia, contra la Humanidad. Siempre la imagen de una imagen se interpuso entre él y los otros. El hijo es un caso de meditación; es todavía el padre, pero en un desdoblamiento más vivo y egoísta, por lo mismo que es ilusorio. La realidad, animándose, transita de la naturaleza de las cosas para la fantasmagoría de los seres. Se desvanece en humo y sueño. La realidad es esencialmente fantasmagórica. Napoleón comprendía esto de tal modo que no fué capaz de distinguir entre el sueño y la realidad. El exceso de comprensión, como el exceso de luz, produce una ceguera deslumbrada, que aureola la frente de los filósofos, pero ensombrece la de los políticos. Napoleón mantuvo una duda permanente entre su familia y los pueblos del mundo. Los errores de Bonaparte los cometió Napoleón. Napoleón es un nombre sonoramente rotundo, al contrario de Bonaparte, que estalla como un rayo.

Decía Napoleón a Talleyrand: “No hay actos nobles ni infames”. ¿Quién no oye inmediatamente el “nada es verdadero” y “todo está permitido” de Nietzsche, ese discípulo de Napoleón que fué una especie de San Pablo del Anticristo?

Y otras frases todavía: “La fuerza es la verdad desnuda”... Stendhal lo acusa de ignorante, de no haber leído a Montesquieu, Helvetius, Bayle... Poseía la ciencia del futuro, no la del siglo XVIII. Napoleón está en sus frases como San Pablo en las

“Epístoles” y la Esfinge en el silencio. Y está en aquella estrella únicamente visible para él. Una noche, asomado con el cardenal de Fesch en una ventana de las Tullerías, preguntó a éste, señalando el cielo oscuro:

—¿No ves aquella estrella?

—No, señor.

—Yo la veo perfectamente.

Entre Napoleón y los otros ardía aquella estrella, ese desierto de luz, por donde erró como un loco, hasta quemarse.

★

¡Qué extraña la fisonomía napoleónica!

Los personajes de la Revolución tienen un aspecto inconfundible. Son como máscaras medievales transformadas de repente por un cataclismo. ¡Qué impresionante el rostro vulcánico de Mirabeau, el taurino de Dantón, el lacerado y sucio de Marat, el de Robespierre en lámina de hielo! El Terror les clavó las garras. La libertad voló de aquella sangrienta hornada como alma escapada del infierno. La nueva diosa fué engendrada en el vientre de un cráter. Ella y la Marsellesa, la anunciación musical del nuevo Héroe.

¡Qué máscaras! En ellas se transparenta la sorpresa de la vida y el pavor de la muerte. Multitud de muertos resucitados inunda las calles de París. Se celebra el carnaval de la resurrección. Una parodia al vivo de la pintura de Miguel Angel. Después de la Capilla Sixtina, el cabaret jacobino y el vino corriendo de los cuerpos degollados en la plaza de la Grève... Los grandes acontecimientos modelan sus personajes. Ver Leonardo y Rafael es ver el Renacimiento. Cualquier gorila trae en la frente peluda la edad de las cavernas, como Versalles se desvenda en la omnipotencia de Luis XIV y los parques de la Malmaison, al viento, en la “écharpe” fluctuante de Josefina...

Pero la figura de Napoleón excede todos los retratos. La envuelve un misterioso velo, tejido de brumas sentimentales con

decoraciones de versos de Ossian, toques de las Trinidades, ameneres raudos de diosa mediterránea. Es un tejido extraordinariamente plástico. Se amolda al primer ojo que lo contempla, simpático o antipático. Es el "onagro corso", el monstruo antidiluviano de Taine, el Anticristo del Santo Sínodo, el "Buonaparté" de los ingleses, el usurpador de los realistas, el Robespierre a caballo de ciertos historiadores.

Existen el Napoleón de la historia y el de la novela, que es el más auténtico. Hay el Napoleón de Chateaubriand, el de Wálter Scott, el de Goethe, el de Beethoven, el de Byron, el de Stendhal, el de Dumas, el de Thiers, el de Taine, el de Víctor Hugo, el de Pouchkine, el de Lermontow, el de Manzini, el de Heine, el de Nietzsche, el de León Bloy, el de Merejkosuski... Es el hombre más trabajado por los hombres. Ningún hijo tuvo tantos padres. ¿Y el Napoleón de Napoleón? Hemos de contemplarlo en su estatua de bronce.

La historia napoleónica nos seduce porque es la mayor novela de la historia, la novela de la humanidad. La Historia romana es la historia de Napoleón. Y es nuestra propia oscura novela. Todos nos reconocemos en Napoleón, como en Hamlet, en Don Quijote y en Pablo: nos reconocemos en el heroísmo, en la duda, en el ridículo y en la cruz. Napoleón se transformó en un símbolo eterno, no en mármol de museo como Julio César, sino en carne viva, irradiando calor de su cuerpo y luz de su alma.

"Quel roman que ma vie!", decía el Emperador en Longwood... En aquel cristal volcánico de Santa Elena, encajonado en la inmensidad atlántica, se refleja su imagen verdadera, la de león del desierto, triste, de la misma tristeza que Miguel Angel expresó en su "Vincitore". Incrédulo de la victoria, que es una ilusión siempre, la corona de roble le arruga la frente pensativa. La victoria es una quimera; cuando más, es el vuelo en mármol de un ángel degollado.

El poema épico de Francia no es un libro. Es Napoleón. ¡Qué belleza dramática la de todos sus actos! Son creaciones a lo Miguel Angel la batalla de las Pirámides, la de Austerlitz, el incendio de Moscú, la retirada de Rusia, Waterlloo... ¿Y el "Bellophoron", en la bahía de Plymouth? ¿Y aquel bulto desnudo sobre un peñasco del Atlántico? ¿Y la leyenda y la gloria? Aún brillan las espadas de Ney y de Murat y las bayonetas de la Guardia. Y el pequeño tricornio erguido sobre la frente, la casaca ceniza, las botas enlodadas de Polonia, reliquias y reliquias. Figuran en el "Testamento" con medias rotas en los talones, camisas viejas y lienzos roídos de los ratones, comensales de mister Hudson Lowe.

★

En el mundo sólo existen dos cosas serias: el Verbo y el Hambre. "Y el Hambre se hizo carne, y anduvo entre nosotros, y la vimos con los ojos y la tocamos con las manos". Así puede comenzar el evangelio del Anticristo, de Napoleón Bonaparte. Predicó por la boca de los cañones y tuvo su calvario en una isla, crucificado por los judíos de la Santa Alianza. Napoleón realiza lo que sueña como nadie; cristaliza la niebla con una facilidad verdaderamente mineral. Guerrea y legisla con la misma rapidez victoriosa.

En ningún ser humano transparenta, como en él, "o sol in-

timo", aquel verso de Joao de Deus, verso que vale un poema. Aproximándose a él, se sentía calor. En la retirada de Rusia los granaderos lo rodeaban.

—"Ca me rechauffe, sire!", decía uno de ellos tocándole las manos.

Goethe lo comparó al rey de los astros. Napoleón tiene belleza de aurora y de crepúsculo, en Córcega y en Santa Elena. Hay la cuna y la sepultura. Nos desprendemos de una madre para prendernos a otra. Tierra significa "mater", tetas húmedas de leche, vientre lleno de semillas... Somos, moralmente, un absurdo, pero ambicionamos someterlo a una determinada lógica, ya que habitamos en un plano medio, donde nos movemos como un cuerpo definido y donde las cosas se nos aparecen como formas sustanciales. Pero ese plano es más ilusorio que las apariencias que toma. Tenemos que oponer a la lógica de lo próximo la lógica de lo remoto. Debemos aplicarla en los casos psicológicos, estructuralmente idénticos a los que se producen en el origen de la materia.

LA CUNA

El parto fué tan rápido, que el recién nacido tuvo, como primera cuna, una alfombra donde había escenas guerreras dibujadas. El hecho verdadero parece legendario. Interesante imaginar la influencia de ese episodio guerrero, tal vez de la "Iliada" en el destino del Héroe, Las cosas muertas, al contrario de ciertos vivos, pueden influir animadamente.

La criatura transitó del vientre materno para los senos de Camila Carboni Ilari; fué ella y no Letizia, ausente en Roma, quien asistió en Nôtre Dame a la coronación de su hijo de leche. Y la palabra "nourrison" tiene escasamente un sentido alimenticio, burgués. ¿Qué pensaría el ama al presenciar el fantástico espectáculo? Había amamantado aquel nuevo dios de la guerra como una loba romana.

LA SEPULTURA

En un acceso de fiebre, el último, grita:

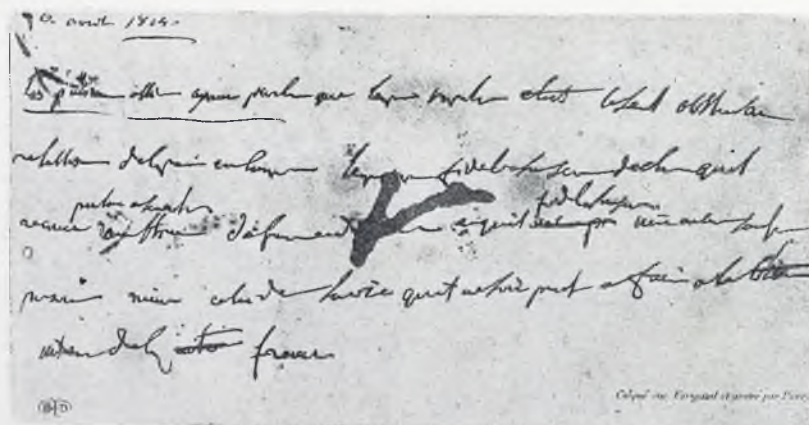
—¡Desaix, la victoria es nuestra!

Y pronuncia palabras entrecortadas: "Marengo... France... tête d'armée"... toda su historia en tres recuerdos y luego, la noche sempiterna.

Eran las seis de la tarde del día cinco de mayo de 1821. Su fisonomía rejuvenece. Es el Bonaparte de Italia. Y rejuvenecido se conservó, debajo de la tierra, veinte años. Bertrand volvió a la isla en 1840. Y delante del ataúd violado, exclamó: "En otros tiempos, yo era joven y él ya era un anciano; ahora yo soy un viejo y él es un hermoso mozo."

Cubren el cadáver con el manto de Marengo, y tiene a la cabecera un crucifijo. Es el cónsul y no el emperador. Y es el cónsul el que reposa en los Inválidos. Es el arcángel de David fundido en divina cera, la sinfonía heroica de Beethoven fúnebramente enmudecida...

Desaparecido el Héroe, sólo resta de él, a la luz del sol, la madre, la plebe.







I. ER CONCURSO NACIONAL DE CANTOS Y DANZAS



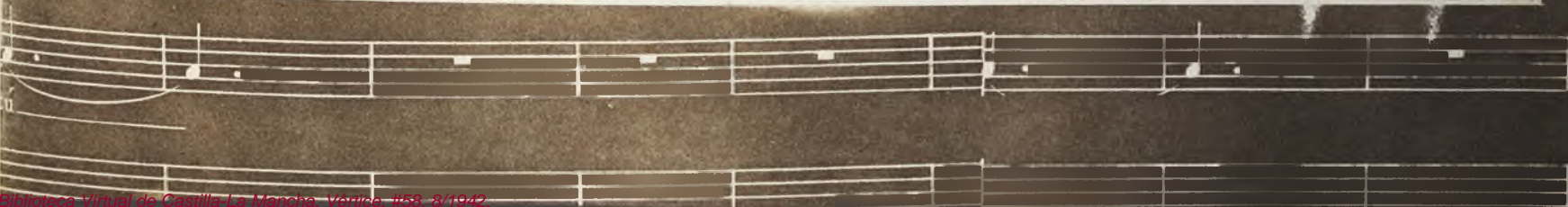
EL día 3 de julio se celebraba en Madrid, con brillantez y éxito inigualados, el acto de clausura del Primer Concurso Nacional de Cantos y Danzas, organizado por la Sección Femenina.

En el escenario del teatro Español grupos alegres de camaradas, ataviadas con los trajes típicos de las diferentes regiones de la Patria, trenzaban, ágilmente, ancestrales danzas, y laban al aire el milagro de sus voces purísimas entonando las más bellas canciones de nuestro folklore.

Una vez más la Falange, merced a la inteligente y esforzada labor de los mandos de la Sección Femenina, ha recobrado para España una de nuestras más puras riquezas: la canción y el baile regional. Paulatinamente, el rico venero de nuestro folklore musical fué perdiendo su caudal hasta quedar reducido a unos límites limitadísimos. Apenas si en el estrecho marco de ignoradas aldeas se seguía rindiendo culto a la tradición transmitiendo de padres a hijos, como un rito, el compás, añorante o alegre, de las viejas canciones y el ritmo, dislocado o monótono, de las antiguas danzas. Acometida por la Falange la labor de inculcar en el pueblo, a través de la mujer falangista, el amor por la canción y el baile español, vuelven a resonar hoy, por ciudades y aldeas, los ecos de nuestros tradicionales cantos.

El Primer Concurso Nacional Folklórico ha constituido el más digno remate a la tarea emprendida por la Sección Femenina. Aquellas treinta y tres camaradas que, en 1937, fueron las primeras en iniciar los cursos, se han convertido en las seis mil que tomaron parte en el último Concurso Nacional. Las figuras del "Ball de Montanya" y la "Danza de los pañuelos", y los compases de "Marichu-Nora-Katalin" y "La flor de la canela", así como los de otras canciones y bailes interpretados en el Español, han hecho sentir de una manera firme la realidad magnífica de una labor que marca un decisivo jalón en el resurgir de la música popular española.







Por . qu

el al . ba

mien . do es . t

ff

pp

ff



ien.do es .tás



G. D. TIEPOLO. *Saltimbanquis*

SALTIMBANQUIS

Por JOSEFINA DE LA MAZA

ESTE tiempo del verano, claro y caluroso, es bueno para unos cuantos oficios de los hombres; entre ellos está el oficio de saltimbanqui. ¿Oficio? ¿Dónde está su aprendizaje, dónde está su gremio, dónde una historia de noble artesanía y un título y una lección de saltimbanqui?

Pues está en la memoria infantil de todos los hombres. El primer espectáculo divertido del mundo que suelen ver los ojos infantiles es una escena de circo o de "títeres"; la hora en que vimos al primer titiritero gira en torno a nuestra niñez, clara y sonora, ágil, con unas fórmulas inseguras y leves, como un traspies de la vida; su recuerdo hecho está de acordes destemplados, de cabezas en vilo, de saltos; de saltimbanquis, en fin.

La aventura de los saltimbanquis y titiriteros—una misma gente—está llena de emoción y de vitalidad. Quizá nadie como ellos "vive la vida" tan intensamente, ni nadie como ellos—entre los artistas menores del mundo—tiene una tal aureola de bondad, un tan ancho corazón; un aire tienen también estas criaturas como de marineros. Una fina fiebre les invade cuando trabajan, una embriaguez que es lo justo para el entusiasmo, para que su arte sea vibrante, tenso, como el trapecio, encima del cual dan unos pasos que dan escalofrío.

Las ferias de Francia son quizá las más ricas de Europa en tipos curiosísimos de saltimbanquis y "sus derivados": en la feria de Neuilly antes se daban cita nada menos que "Juan Harina", Jodelet, Tabarín, la signora Francesca, Fine Oreille; también Pantalón, Crisvín, Scaramouche, Polichinela y Pierrot; hombres llenos de gesto / de risa, y cuya auténtica tristeza no es literatura: hombre que sólo parecían hombres cuando, dormidos al final de su jornada, dejaban descansar el rostro de muecas y contorsiones; entonces una gran paz se tendía bajo su tienda, y ángeles de la guarda—también un poco saltimbanquis celestes—tendían un tierno vuelo sobre la carpa de lona, débil hogar bajo las estrellas.

A esa hora también se dormían unas mujercitas que habían brillado entre el talco y los falsos brillantes, criaturas que habían hecho las delicias quizá de hombres rudos que nunca vieran más delicada belleza que la suya: Violette, Colombina, Marinette, la bella Alsaciana; también ellas han cesado en su forzada sonrisa, esa mueca que tanto las cansa; así, dormidas, con el rostro dulcemente serio, son un gran sosiego para el que las mira—madre, marido, amante—, un descanso para el que las ha visto, todo el día, con un rictus fatigoso en la tierna boca.

Yo recuerdo que en una de estas ferias, tres mujeres jóvenes y cansadas se ganaban la vida engañando con mucho garbo a los miles de visitantes de su barraca: poseían un "Museo" en el que podían verse, por veinticinco céntimos, las siguientes maravillas: el cabello que sostenía la espada sobre la cabeza de Damocles; una piedrecilla de las que se metía en la boca Demóstenes para aprender a hablar correctamente; la última bujía que Diógenes puso en su linterna; las espuelas de Carlos V..., y el áspid de Cleopatra conservado en alcohol.

Las tres gracias que mostraban aquellos tesoros tenían una tal argucia al hablar, le envolvían a uno tan rápidamente en el chaparrón de su palabrería loca, que acabamos por mirar con interés, un poco "con la boca abierta", el "áspid de Cleopatra" y la "bujía de Diógenes"... Con una seriedad imperturbable aseguraban ellas la autenticidad de sus disparates, y uno, que estaba deseando dejarse engañar y escuchar candideces, asentía sonriente a sus ingenuas palabras falsas.

Estaba también en aquella feria "la mujer salvaje", con unos rugidos estupendos; y la "cabeza parlante", inmóvil sobre un plato, amarilla, acartonada... De pronto, sus ojos desmesurados se movían y empezaba: "—Yo he nacido bajo el reinado de Luis XV..." Y había el hombre-orquesta, con su famoso "sol-si-re-pif-pan", y que cargaba y hacía sonar una flauta, un arístón, un címbalo, un tambor, un violín, una pandereta, cascabeles, acordeón...

Y entre el clamor de voces roncadas de los hombres y las agrídulces voces femeninas, estaba el juglar que juega con sus seis bolas brillantes, y que sostiene sobre la nariz un plato de estaño, en difícil y cómico equilibrio. Primero había extendido en el suelo una vieja alfombra y había gritado su palinodia, siempre igual, "aprendida de otro viejo juglar, y a la cual nunca quitó ni puso una palabra". Con ella se atraía a los chicos y a los grandes. Y "cuando daba a su cuerpo la forma de un arco perfecto, y en esta postura jugaba con doce cuchillos, un murmullo de admiración se levantaba del auditorio, y las monedas de cobre rodaban abundantes sobre el tapiz". Este era el juglar que se llamaba Bernabé, el saltimbanqui pobre y piadoso, que le rezaba a la Virgen con una sabia candidez franciscana y que acabó siendo casi santo: es seguro que hoy cumple su mayor ilusión jugando con bolas, cuchillos y platos delante de una sonriente corte celestial. Bernabé de Compiègne se ganaba el pan "con el sudor de su frente", sudor que una tarde secó con su manto la misma Virgen Santa María.



Ultimo reducto de la veraz poesía, el saltimbanqui salta el banco monótono y gris de la gente burguesa; el saltimbanqui es gracia divertida y también apasionada, es corazón y pirueta, contorsiona su cuerpo y aviva su alma con tal de alegrarnos con la luz de sus grandes ojos tristes, su boca ancha de risa, su talle delgado y aquel ritmo celeste de su salto. Nacen niños y se mueren hombres viejos en la vida de los saltimbanquis; rezan ellos, y lloran, y tienen días de empinado dolor y también tardes alegres... Mientras, un ángel pinta con tinta azul pálida una cruz en la puerta de sus barracas, y sobre el silencio nocturno de la feria anda Santa María pidiéndole a su Hijo mercedes para ellos y pone su mirada, con amor, encima del albayalde dormido y del triste carmín de tantas bocas.

El dolor del payaso que grita es auténtico; detrás de su alharaca están los niños pequeños, las mujeres cansadas, los viejos silenciosos que no quieren estorbar. Toda la vida tremenda—¡qué tremenda es la vida!—está detrás del colorido traje y de la gracia y la pirueta del saltimbanqui. Detrás del brillo falso del circo y de la feria está la madre callada que enciende la cocinilla tenue para la cena. Son muy pocos los saltimbanquis que pueden cenar en un buen restaurante: son dos o tres. Los demás han de reducirse a lo poco que ganan, y cuentan febriles las monedas en su ancha mano pálida.

Este dulce tiempo de verano, cuando el atardecer largo nos alcanza en las arenas de una playa fresca, oímos el paso de una caravana humilde... Es que por el camino norteño pasan los titiriteros.

A una luz, mezcla de carburo y electricidad, van a tender su ideal trapecio en la plaza de un pueblecillo. Van a dar el "salto mortal" y a jugar con cuchillos acerados que la luna platea y las estrellas: las estrellas, que son el polvo que en el cielo levantan las sandalias de Dios.

Quién sabe si entre ellos va una niña como aquella deliciosa y tierna Mignon que Goethe cantara, con sus espléndidos ojos negros, su ancha frente pensativa y el inusitado lujo de una cabellera oscura que era como un manto real; Mignon, vendida por treinta "thalers" y comprada por un poeta para redimirla. Aquella delicada saltimbanqui, que era una niña robada, se enamoró de su comprador. Y en un tiempo estival como éste, la aurora de rosados dedos la despertó para enterarla de que se iba a morir de amor. Esta niña titiritera, bella y grave, a quien Goethe hace morir "vesvida con una larga túnica blanca" toda palpitante de amor, tiende su vuelo de paloma romántica encima de la vida ruidosa de los saltimbanquis: criatura irreal e insegura, ella es el poema y la canción para esta gente sonreidora, tierna y altiva, de bárbaro trabajo y de constante caminar.

El rumor que su paso levanta en la tierra es siempre pasajero y vagabundo: falso es el rebrillar de su lujo, y es cierto y caliente el palpito de sus corazones.

Ya te digo, lector: es fácil ver sobre su carpa leve, en la dormida feria, un ángel de fuertes alas que vela por orden celestial el sueño hondo, fatigado, absoluto, de los saltimbanquis.

LA OBRA EJEMPLAR DE UN HISPANISTA ALEMAN

Por ANGEL DOTOR

VERDAD concluyente; pero que no ha tenido, al menos en el grado debido, manifestación expresa, es la de que, si bien data ya de más de un siglo la dedicación de escritores extranjeros a tratar temas de nuestro país, fué asaz corriente que abordasen el estudio y exposición de los mismos de una manera superficial, hecho patente en el que tuvo origen el concepto de la *españolada*, para nosotros, como es sabido, más peyorativo que exaltador, al haber venido imperando principalmente en las grandes masas de allende fronteras, ayunas del debido conocimiento trascendente de cuanto España fué y significó—así como de lo que, por ende, está llamada a representar—en el concierto ordenador de perdurables espíritu y cultura seculares.

Recientemente hicimos resaltar, a propósito de la aparición de las Memorias del príncipe Lichnowsky, la existencia de múltiples y brillantes precedentes de la actual comunidad ideológica e indudable acercamiento confraternal entre España y Alemania, igual en el orden afectivo que en el intelectual, cuya sola enumeración, a partir de la que fué aquella fausta época imperial del gran César Carlos V, admiraría a los olvidadizos o renuentes, que van siendo, por fortuna, más contados cada día. Tema concreto éste de la predilección alemana por las cosas españolas, de la comprensión cordial que la gran nación rectora siente por nuestro espíritu ancestral, manifestada tan reiterada y entusiastamente como ahora ponen de manifiesto con lucidez y oportunidad beneméritos escritores, que resulta obvio señalar préstase, por lo sugerente, a disquisición amplia y reiterada.

El caso del eminente polígrafo alemán Ludwig Pfandl denota elocuentemente cómo en los últimos tiempos ha venido afianzándose y alcanzando positivo realce esa corriente que cabría denominar de elevación depuradora dentro del amplísimo caudal literario y crítico que sugirieron a plumas extranjeras la tierra y el alma españolas.

Bastaría su ingente labor anterior al período de trascendencia mundial, que se inicia en 1936, para proclamarle—con su coterráneo Vossler y el italiano Farinelli—figura cimera entre cuantos cerebros foráneos de excepción hanse dado en todos los tiempos al estudio de la culminación espiritual española. Genio que dijérase predestinado, por providencial designio, por rara intuición, a comprendernos y amarnos desapasionadamente, llevaba en dicha fecha treinta años consagrado al estudio de lo medular hispano, período durante el cual, sin haber pisado nuestro suelo, produjo desde su retiro muniquense nada menos que una sesentena de trabajos de la más alta calidad reconstructiva y enjuiciadora, cuya sola nómina asombra al revelarnos su diversidad conceptiva, y, a la vez, unidad de penetración. Algunos de ellos, como "Cultura y costumbres del pueblo español en los siglos XVI y XVII. Introducción al estudio del Siglo de Oro", "Historia de la Literatura Nacional Española en la Edad de Oro"—dedicado a la memoria del coloso Menéndez y Pelayo, genial creador de la moderna "Historiografía literaria española"—y "Juana la Loca. Su vida, su tiempo, su culpa", revisten singular importancia en la moderna bibliografía de su clase, dadas la originalidad y extensión que ofrecen, lo cual hizo fueran publicados en ediciones castellanas que contribuyeron poderosamente tanto a esclarecer aspectos capitales del sustrato histórico nacional cuanto a revelar esa actitud singular del eminente escritor, que vino escudriñando sagazmente en el acervo de fuentes documentales de textos de nuestro pasado, en los que sabe como nadie embeber el dato y valorar el juicio, asimilando sentido y matiz de hechos, vidas o ideas luego expuestos maravillosamente en esa su reconstrucción sin par.

Su alquitarado estilo, producto de ingénito don y verdadera constancia; su original concepción crítica, que desarrolla siempre guiado por el firme propósito y deliberado empeño de "considerar el tema de que se trate con una extensión y profunda solidez hasta ahora no intentadas, agrupando y exponiendo la materia desde el punto de vista de la historia de la cultura", por cuanto "la historia literaria es una valoración crítica de los distintos géneros como elemento integrante de la historia del espíritu contemporáneo"; su visión humanista del panorama vital y estético de la raza, desde la formación idiomática hasta nuestros días; su técnica, en una palabra, no tienen, sencillamente, superación. Y es de señalar cómo tan complejo dominio de ese "modus faciendi" llévale a lograr siempre análogo fruto, idéntico resultado felicísimo, ora arquitecturando sus obras con el sólido cimiento del alma de la época, o bien prefijando aspecto concreto del proceso de la vida o la evolución de las ideas en que enmarcar sus elucubraciones, ora adoptando previamente una

figura relevante, cual cañamazo en que ir entretejiendo la trama de situaciones y acontecimientos definidores que llegan a plasmar simultáneamente la concreción de lo que fueron tanto la existencia insigne en sí como su pristino medio circundante.

Lo que se expone ya admirablemente, aunque constreñido a líneas generales, en esos dos monumentos de erudición y doctrina que son "Cultura y costumbres del pueblo español de los siglos XVI y XVII" e "Historia de la Literatura Nacional Española en la Edad de Oro"—tan afines, tan similares en su trazado del panorama genuinamente intelectual y estético y del complejo proceso vital de la época, aunque polarizados en los planos que denotan sus respectivos títulos—, constituyendo una de las ideas madres encarnadoras de la esencia del máximo esplendor hispánico, o sea el cuadro de conjunto de la idea monárquica, la Contrarreforma y el llamado segundo Renacimiento, teniendo todo ello cual figura central a Felipe II, ofrécese, decimos, peraltado en la nueva producción de Pfandl, que recientemente ha visto la luz traducida a nuestra lengua: su magnífica biografía del gran monarca nombrado, suprema encarnación del auténtico espíritu nacional, idealista y realista de consuno, afortunadamente hoy redivivo. Espléndido tributo, en verdad, el que representa la existencia actual de tal obra, a cuya realización contribuyen, con su insigne creador, el catedrático Corts Grau, que la ha traducido pulcramente, y la casa editorial Cultura Española, de tan esforzada y ejemplar ejecutoria en la meritísima tarea de seguir dando a la estampa libros de sana orientación, análogos a los que hace años servían de poderosa contracorriente al disgregador antiespañolismo a la sazón imperante.

En "Felipe II", modestamente subtítulo "bosquejo de una vida y de una época", Pfandl sintetiza, siguiendo plan armónico sobremaneja objetivo, lo mucho que precedentemente escribió, libre de prejuicios, atraído por la personalidad del que cabe considerar *Rey por antonomasia*, dueño otrora de los más extensos territorios que rigió mortal alguno. Sabido es cómo el conspicuo investigador dió siempre a tan trascendental figura el debido relieve en todas sus prosas, aun aquellas genuinamente literarias atinentes a su época, de lo que se sigue, cual consecuencia natural, que al proponerse trazar ahora el retrato de cuerpo entero haya conseguido plasmarlo con tan rotunda maestría, cosa no lograda concluyentemente por otros notables autores que alentaron la nobilísima intención de exaltar así su memoria. Los aspectos psicológico, político y costumbrista manifiéstanse de consuno en la obra, sin interferirse, antes al contrario, complementándose sabiamente. Resultado de ello es el indudable interés que ofrece tan magistral estudio, en verdad luminoso y certero, de información y crítica atrayentes, dados su caudal documental y la simplificador intención de esclarecimiento sobre determinados momentos o aspectos que en sus páginas resplandece.

Lejos de proponerse rebatir en deliberada polémica cuantas falaces acusaciones creó la leyenda de la *España negra* contra el "soberano de Europa más atrocemente calumniado y más torpemente desconocido", Pfandl hace caso omiso de ellas, dando fe de rigurosa imparcialidad y la que es sin duda ejemplar conciencia reivindicadora, por cuanto estima más conveniente crear, dar relieve a su obra, que conjuga las dotes del crítico y el artista del verbo, persuadido de que su tesis ha de obtener por sí la concepción debida. Nos presenta, pues, a Felipe II en su polifacética personalidad: hijo sometido a influjos hereditarios de progenitores y maestros, hombre probo, rey austero, padre ejemplar, noble amigo, Mecenas protector de las artes, político intuitivo, genial gobernante dado al trabajo ejemplarizador y creyente sin segundo, aspectos todos a cual más cautivadores, en los que manifiéstanse paladinamente las dotes de aprehensión del autor. Y lo que es exactitud en el dibujo, rotundidad en la pincelada, y, por consecuencia, relieve de la figura, tiene su paralelo en la riqueza con que aparece descrito el ambiente circundante, donde alienta todo el dinamismo y polieromía de familia, consejeros y servidores, áulicas empresas, viajes y compleja vida coetánea, con aportación, en ocasiones, de elementos bastantes para que el lector embeba el *ethos* y el *pathos* de la misma. "Felipe II" representa, pues, no sólo el enjuiciamiento más completo y sereno que se ha hecho hasta aquí del glorioso monarca, verdadero "señor de sus sentimientos", sino obra de raro mérito dada la manera como aduna rigor inquisitivo y exegético, enunciado de principios y hasta teorías—tal la de las tres mentalidades del alma humana, fruto de otras tantas etapas históricas—, y, finalmente, relato de hechos famosos, apuntar, aun sucintamente, todo lo cual trocaría en desmesurada la extensión de este trabajo que compendia impresiones subsiguientes a la lectura de libro que para tantos constituirá cautivadora revelación.



JARDINES EN ANDALUCÍA



Un rincón de "El Retiro", en Churriana (Málaga)



E. C. REAT 77



P. P. Riat

EL SOMBRERO ESPAÑOL

Por NIEVES DE HOYOS SANCHIO

ESTE estudio sobre el uso del sombrero por la mujer española es necesario complemento a los del pañuelo y la mantilla, aparecidos en números anteriores; desde luego, es menos frecuente, pues aquéllos se llevan en sus diferentes formas en casi todo el área de nuestra Península, mientras que el sombrero o gorra sólo tiene sus regiones características, donde lo llevaban, y a veces lo llevan aún, no sólo las señoras, sino también las aldeanas y campesinas.

Bajando desde Asturias o, más bien, desde León hasta Huelva, nos encontramos, casi sin exclusión, en tierras donde las mujeres llevan sombrero, y es muy curioso, pues en todo el Oeste de nuestro país, excluyendo a Galicia, que queda más aislada, ha habido constante comunicación por los viejos caminos pastoriles—las cañadas de la meseta—, ruta de los pastores con sus rebaños, en busca de las sierras frescas del Norte, en verano, para regresar a sus tierras extremeñas en los primeros días del otoño. De León a Mérida iban las viejas vías romanas, circulando por ellas también una particular cultura y una comunidad de costumbres que se aprecian de un modo cierto en el vestir. Esta puede ser indudablemente la razón por la cual encontramos en varios lugares de esta zona a las mujeres tocadas con sombrero.

Hay quien opina que Avila es la cuna de la montera o sombrero en la mujer, porque en el año 1110, estando las tropas ausentes de la ciudad, caen los musulmanes sobre ella con intención de tomarla; y fué una mujer, Jimena Blázquez, la que, con ese valor que tienen las mujeres en los momentos decisivos, inicia la defensa, valiéndose del ardid de ponerse las monteras o gorros de los hombres o asomar éstos sobre palos por detrás de las murallas para hacer creer a los musulmanes que la ciudad estaba bien defendida, obligándolos así a abandonar el sitio.

En una capilla de la Catedral de Avila, de todos conocida, por ser donde la gran Santa Teresa oyó una misa celebrada por San Pedro de Alcántara, ayudado por San Antonio y San Francisco, hay dos sepulcros pertenecientes a la noble familia de los Sombreros, en cuyos escudos vemos, en uno, unas pequeñas gorras o monteras, y en otro, unos sombrero en forma de capota, con ala levantada y cintas para atarlos. Estos sepulcros son del siglo XV, y poco después, a principios del XVI, se extingue esta familia. Es ésta una prueba bien evidente de que ya en aquella época se usaban en Avila estos dos tipos de sombreros.

El sombrero que llevaban el siglo pasado tenía un aire ceremonial. Era oscuro, adornado con plumas o flores; hoy lo usan todavía las campesinas para defenderse del sol. Es, naturalmente, más popular de paja, con ala plana, resultando verdaderamente barroco, por estar muy adornado con vistosos floripondios de paja y papeles de colores y con lazadas de cinta o paño, llevando además, a veces, lentejuelas y espejitos. En las cuencas de los ríos que de Avila bajan a Salamanca, nos encontramos con este mismo tipo de sombrero.

Traspasa este tocado las sierras de Francia y Gata, para reaparecer en Cáceres, típicamente representado por la mujer de Montehermoso. Aunque es de paja más fina y más coquetón, en forma de capota, tal vez por ser prenda más lograda presenta gran uniformidad. Es de paja trenzada, forrado de tela y adornado con trencillas de colores, botones y una gran borla de lana. Las casadas lo llevan con un espejo, que, según ellas dicen, es para que se mire el marido. Es este gracioso sombrero adecuado complemento al bello traje de la mujer montehermosana, que, afortunadamente, aún no se ha perdido del todo, dando así lugar al viajero a admirar el conjunto de sus mujeres con sus cinco faldas plisadas, que se ahuecan por detrás en un movimiento lleno de gracia.

Bajando a Andalucía, en Huelva, la mujer usa sombrero, no como complemento diario de su indumentaria, sino únicamente reservado a las ceremonias de las cofradías del cerro de Andévalo y



Mujer de Avila



Moza de Guisando (Avila)



Vieja de Puente Congosto (Avila)



Diferentes típicos ibicenses con sus característicos trajes

llevado por la mayordoma y las galanas; no tiene este sombrero aspecto pueblerino, ya que está atornado con un ceremonial traje de terciopelo y galones. Es negro, de ala plana y copa alta, con plumas blancas o negras.

No puede olvidarse el uso del sombrero calañés, o el cordobés, por las andaluzas, aunque es más bien prenda señorial que aldeana y muy especialmente usada por las caballistas, dando con este tipismo un bello aspecto a las fiestas andaluzas, que puede hacer evocar en la actual feria sevillana su antecesora la de Mairena de Alcor.

Si volvemos a tomar el camino de la plata, subiendo, nos encontramos en León con las maragatas, que, aunque en desuso últimamente, tienen tradición de sombrero. Así, en el siglo XVII lo llevaban redondo, con ala vuelta y levantada, y hasta mediados del XIX usaron, así como las de la ribera del Eria, el "caramiello", especie de gorro amitrado de paño, puesto sobre un pañuelo de lienzo blanco con encajes. En Asturias hay vestigios de sombrero en la cofia de lienzo. Pueden ser estos sombreros asturianos y leoneses de origen visigodo o bien borgoñón, que no es más que una reaparición de lo visigótico.

La montera segoviana es el complemento del traje de la gente rica o del de fiesta. Especialmente se la conoce como prenda del traje de alcaldesa. Es de tipo heráldico, como herencia de un sombrero de autoridad o jerarquía; de terciopelo, bordada en colores e hilillo de oro, alargada, terminada en punta.

Fuera de toda esta zona, como prenda tradicional, no encontramos el sombrero en España más que en las dos provincias isleñas, y es por cierto completamente opuesto. Grandísimo, de fieltro negro, con un ramo de flores, es el de la payesa de Ibiza, y muy pequeño, de paja de palmera, es el tinerfeño, aunque ahora, acostumbrados a la moda actual, casi nos parezca un buen tamaño de sombrero, pero es en realidad un adorno más que una protección.



IBIZA.—Pareja con traje típico de fiesta

Típicos trajes populares de Canarias



IBIZA.—Traje de novia



Antiguos trajes ibicenses



MONTEHERMOSO (Extremadura).—Señorita y galán



HUELVA.— Pareja con traje popular



ZAMARRANDA (Segovia). — Alcaldesas

G A L I C I A L E J A N A

Por JOSE MARIA GARCIA RODRIGUEZ

SON tiernos y suaves el herbazal y el pajar en que se apiñan los secos tallos del centeno, pero el roble—duro como la roca—crece enhiesto contra el cielo. Con las entrañas recubiertas por poca tierra gatean las cumbres los viejos pinos y retuercen sus raíces buscando con afán el humor del suelo. El agua despéñase con espumas relucientes al pie mismo de un arrenal o del lecho fangoso de un arroyuelo dormido. Las águilas que anidan en las quebradas del cabo Finisterre enfrentan el sol, y en la Costa de la Muerte baten las olas con rabia, empujadas por vientos borrascosos, sobre las crestas peladas de los bajíos.

Huyen con gritos de angustia las gaviotas a refugiarse tierra adentro, y nadie sabe dónde se esconden las cabecillas redondas de los patos marinos, que surcan la placidez del mar en tibias mañanas que a las caricias del astro rey despiertan perezosamente como mozas recién veladas.

Allí tienen las peñas, grabadas a fuego, las leyendas de sus tragedias. *Meixide* se bebió el orgullo del acorazado de la marina española que tuvo por nombre el del rey Jiménez; *O centulo*, donde el "Blas de Lezo" encontró bronco lecho, y junto al cabo Finisterre el "finis vitae"; *Salvora*, cuajada de la desesperación de los naufragos del "Santa Isabel", y la Costa de la Muerte, nidial de barcos perdidos que, al dejar la bitácora flotando sobre las olas, como recuerdo, aumentan la amargura de la tierra y las viejas nostalgias de sus tradiciones. Cuerpos muertos sobre el mar calmoso. Los devuelve a la playa, como al pie de la colmena la reina de las abejas devuelve al macho muerto de amor; o les lleva sobre los lomos pacíficamente en funeraria procesión. No parece capaz de haber hecho tamaños desaguizados...

Los pueblos viven, humildes, pegados a las rías, apretujados bruscamente entre la tierra del monte y el mar, indiferentes a los regatos que les rodean y arrullan con cantos de cuna. Despiertan bruscamente por la tragedia y lloran a siete hombres, ayer vivos, y a un *cattivo*—pobrecito de él—que se pegaba a las faldas maternas de vuelta de la tarea ardua en la lancha: largas bogagas, lentas a veces, picadas otras; y allá lejos, desde el amanecer—mitad cárdeno, mitad ceniza—, muertas las horas preparando los cordelillos y los cebos. La vida del mar ni para el que la quiere es buena. Y bien lo saben las mismas que hoy les lloran. ¡Dichoso el que camina sobre la llanura y tiene tierra firme en que apoyar los pies! Como maldicionado, y bajo el peso de un embrujo, está el que de sus entrañas húmedas arranca el sustento. ¿Qué no tiene sino el trabajo de cosechar lo que no sembró? Muy cierto, mas líbrenos Dios de sentir quebrarse debajo de nuestros pies el mismo dilatado solar que los mantiene...

II

Si el pueblo de la orilla tiene un carácter de ambiente y frescura, y el campo una belleza sin igual, la aldea es fieramente triste y bronca. Las casuchas míseras, bajas, de piedra negra, mohosas, con las puertas desvencijadas, y las ventanas, sin cristales, están separadas por callejas estrechas, tortuosas, embarradas, llenas de charcos. Las cruzan de prisa gatos famélicos que esperan del cielo el regalo de algún gorrión ventruado, alharaquiento y pintoresco; de algún pechirrojo infeliz que se cae de amor sobre las piedras de cualquier diminuto predio o jilguero que de paso, incauto, cae en trampa de uñas. Y los perros pegan al suelo el hocico buscando el hueso perdido, o mueven la cola y abren bonachonamente los ojos donde ventean horno en que se cuece el pan... Únicamente indiferente va la vacada camino del prado, que a los otros solamente les sirve de medicina, a encontrar su diario alimento, y vuelve—salvo alguna novilla loca picada de tábanos—mansurrona y altiva, a recogerse en la cuadra oscura a la vera misma del llar... Del llar que calienta al hijo entontecido, babieca, atacado de malos trasgos y de malas *meigas*, con el que corrieron un carnaval llevándolo a las tres Marías, a pasarle por la piedra de Nuestra Señora de la Barca; a San Campio, santo bendito y de mucha virtud contra los *entangarañados*, o a

Santa Minia milagrosa. Romerías de las que disfruta el infeliz las notas agudas de instrumentos metálicos—diez en total—mal afinados, y la llegada del gaitero viejo, que por no cansarse aprieta bajo el brazo un fuelle y trae en una bicicleta a los dos nietecillos sin padre—nunca lo tuvieron, o si lo tuvieron no llegaron a verle el pelo—y sin madre también, porque habiendo ido una vez a la Cruz del Ferro prometió no volver, a la siguiente vegada, sin varón por aquel camino, y pues le era necesario, y ella piadosa, reincidió en las ofertas y las cumplió con exactitud... Y al abuelo le vienen a los ojos las lágrimas cuando contempla, sin ser visto, al *entangarañado*, y piensa que peor pudo su suerte haber sido si aquellos sus dos pimpollos—boca de miel y cara de rosa, no maleados aún por la vida—tuviesen que andar, no entre ojos de admiración en la romería, sino dando siete vueltas—malpocado—al pie del crucero.

III

Las notas cálidas de la *muñeira* le distraen, y el coro de mozos y mozas se arma. El más galán y el más atrevido, después de los compases primeros, saca los puntos con maestría de azabachero, de artista tan ducho como aquel venerable Mateos que en la catedral compostelana nos dejó su humilde y recogida efigie ni en el el cielo—por humildad—ni en el infierno—por esperanza—y que es fatiga y tormento de la mollera de estudiantes cerriles que allí se la golpean con saña y nacimiento logrado de chillones...

Le siguen los otros moviendo los brazos, sueltos los pies ágiles, rondando—la rueda del gallo—a la moza blanca, colorida, ojitos de almendra, que, entre el vuelo de la amplia saya, hace apenas asomar las puntitas de los pies menudos, y las puntillas de las enaguas blancas guardadas todo el año en el misterio de un arcón, y que salen a relucir y a perderse quizá tras la algarabía de la fiesta... Advierte que la vencen y se deja ganar. Lleva sobre las entrañas el peso de siglos de no ser mujer—encopetada, altiva, igualada al hombre—como ahora se quiere, sino humilde sierva, casi esclava, dominada por una santa misión: dar hijos. No importaba de quién. Para bien morir les bastaban unos palmos—siete—de la tierra morena de León que conquistaban. El alma de León se rendía también a su espíritu nórdico—gótico o celta, da igual—que, fundido con el aborígen español, mejor guardado y conservado en Castilla, y con los adustos hermanos en la empresa pobladores de las Asturias de Santillana y de Oviedo, se perdió en las Extremaduras, y ya en Andalucía dejó lugar a la influencia de la España transfretana—la otra España, la de allende el mar, ambiciosa y celosa de la de aquende—como paso previo para una recia personalidad nacional, única sobre una variedad campesina, física y, en cierto modo, sensual...

Y a veces quiebran la alegría los blancos aceros de las navajas, y el zumbido ronco de la *moca*, que revuela sobre las cabezas, con añoranzas de las viejas mazas, venteando cráneos partidos. Los hombres, que por un prurito de honra menuda se juegan la vida, verán indiferentes hacerse madres, en voluntarias entregas, a sus mujeres. Y pues se vierte la sangre, o de lo alto de la puente se despeña a algún regato sin fondo al enemigo, las venganzas se guardan por costumbre, de generación en generación, pegadas a los solares como los sarmientos de las vides a los portafones de las casas... Y tras la fuga, el gesto de la moza, temerosa, a lo largo del cuerpo, tiende los brazos redondos, macizos, torneados, con su cabellera, su principal orgullo, que supieron y han de saber por mucho tiempo más de trabajo—y no se tome por un contrasentido—que de abrazos... Las mujeres de los hombres, a las veces, sólo son tiernas cuando son madres...

IV

¿Y qué decir del pícaro? Le veréis llegar el primero a las romerías. Trae un carricoche, como de gitano, con pájaros amaestrados—la suerte del pajarito—, columpios, caballitos y barquichuelos de "tíos vivos"... Maravillosas gentes, la mayor parte, en la provincia de La Coruña, de Santa Cristina, a la vera de Noya;

(Continúa en la página 59)



GALICIA. - *Ría de Villagarcía*



Típica casa gallega



"El contrabandista"

Maximo Vazquez

LEYENDA INCOMPLETA



Era hija del primer hombre que llevó su pensamiento hasta el otro extremo de aquella distancia rectilínea. El buen hombre, al situarse en su idea—ya indecifrible, como el enigma de un origen—, había trazado, paso a paso, la ruta de mil afares, moldeada en un barro fresco, impaciente de voluntades creadoras. Sus huellas se hicieron dogma de un camino mejor para todos, y la ruta unánime, a fuerza de reiteraciones, fué a dar en rutina, como una verdad más definitivamente aceptada por los hombres. Con los años, quedó incorporada a los itinerarios consabidos, como emanada de una doble tradición de ida y vuelta, no desmentida porque era el mismo espíritu de contradicción que animaba al mundo y merced al cual no llegaría el tiempo en que los caminos se vieran solos de trajinantes, que tanto fuera como dejar de ser caminos.

Así nació, no se sabe cuándo, la vieja calle del Mar: Como una afirmación geométrica pura, como una proposición topográfica incontrovertible, como la consagración de los infinitos pasos consuetudinarios iniciados el día mismo en que la idea, pegada al barro, cristalizó en aquel dogma del camino mejor. Entonces su vida era transeúnte, de aquí para allá, sin casarse con nadie, sonriendo a todo, camino corrido entre doble hilera de árboles entrañables. De aquel tiempo datan las risas mejores de tanta lozanía vertida en las ilusiones primeras de sus mañanas con sol. Alguien cantaba—ya no sabe quién— porque él cantaba también todo lo largo que era, con toda la luz de su corazón, rendido al sol. Y cuando era camino de vuelta—cantos de retorno—, así espantaba mejor los miedos errantes de la noche, que buscaron cobijo en la sombra desmedrada de algún zarzal, y al fin, vencido del sueño, dormía confiado a la luna madre que le alargaba la mano y, sin despertarle, se iba de puntillas a Dios sabe dónde, aunque él creyó siempre que tuvo que salir rodando a calmar las zozobras de otros caminos incipientes, porque en el mundo nunca faltaría alguna vereda con el sueño despierto y poblado de fantasmas. Luego, el amanecer jarameño de los días—envíos en blanco a la conciencia de la luz—acogidos siempre con algazara de pájaros en torno del monacillo, que reía y reía—tan, tan, tan—colgado de la alegría del esquilón. Y las voces marineras que, una mañana de aventura, le echaron al mar para convertirlo en camino de cristal, puro rumbo celeste, y le hicieron navegar todo el día asido al timón de la trainera siniestra que se metió mar adentro, en aquel mar que él conocía mejor que nadie porque estaba hecho a contemplar el cielo a todas horas. En un santiamén se quedó solo cuando el mar se tragó la trainera. Solo, con la noche sin cielo y la rosa de los vientos. Su angustia de naufrago enlazaba bien con el terror de los sueños y pesadillas que tanto enseñan a los niños.

Por eso, al tornar, quedó allí para siempre, fijo en su destino, cara al mar, y contemplando rumbos como perro que ha seguido en vano el vuelo de una gaviota y al fin la ve perderse en el horizonte. Las mil angustias de la soledad del mar se repitieron ya tantas veces como, en las noches lóbregas de invierno, olas agoreras convocaron frente a su bravura a las mujerucas aquellas que, apreniando el espanto de unos hijos rezagados, clamaban nombres de ausentes entre letanías y trisagios, en tanto que el monacillo hacía sonar las campanas—tan, tan, tan—colgado de su tristeza infinita...

Por fin, como carabela anclada en la nostalgia de los cuatro vientos, había arribado definitivamente a aquella naturaleza sedentaria, tocada de un hondo sentido municipal. Llegó a ser calle como se llega a perder la inocencia: un día cualquiera y para siempre. Ya nunca fué otra cosa ni dejaría de serlo hasta la consumación de los siglos y, aun luego, sería conciencia antigua de calle, algo así como la memoria vieja y perdurable de su total pasado ambidextro, una verdad entera, tan sólo integrada por las células muertas del recuerdo, porque la vida en curso, en trasiego incesante, siempre iba a parar a la memoria de la calle para hacerse vida vivida, existencia cabal e imperecedera.



DE LA CALLE DEL MAR

Por RAMON NEYRA Y GOVANTES

Diríase que tal era su misión trascendente, su razón teleológica: asegurar la inmortalidad de todo cuanto nacía con la tara de una inmortalidad indecisa y que sin ser las personas, ni siquiera las cosas, era todo y era nada. Era, simplemente, la vida de la calle, lo anecdótico, lo pasajero, lo circulante... Por eso parecía absorta en un continuo esfuerzo de memoria, atenta a aquella responsabilidad íntima de fijar tantas vidas fugaces que, a veces, no eran más que un gesto perdido en la luz, un ocaso inefable, quizá una soledad imposible, y otras, algo tan sutil que los hombres mismos no acertaron a expresar y que la calle sintió aletear en su memoria cuando, para cualquiera, podría haber dejado de ser suspiro, lágrima o tentación.

Así, arrebutada en vejezes y supervivencias, removía sus recuerdos esenciales, los relatos tornavidas que escuchara una y mil veces, quieta frente a su propia conciencia, como si fuera la nieta de sí misma. Era la hora en que las niñas del atrio dejaban de cantar, cuando la calle quedaba sola, con ese aire tiznado por el humo de todos los hogares—como si la noche la hicieran las madres—y por el viento iba y venía un silencio de plata tras los sueños de las niñas calladas...

Con tanto recordar, veces hubo que rebasaba los propios recuerdos y, como una calle borracha de remembranzas, se detenía embobada al umbral de un imposible cualquiera, abierto a una inmortalidad inútil porque sería el anhelo mismo fijo en aquella hora frustrada, eternamente amarga. Las flores sacrificadas al paso de aquel cortejo de la mañana, con heraldos y palafrenes, marchas y literas y el manto real tan largo que más parecía el manto nupcial de la calle, era una crónica apócrifa inventada por alguien para una calle que no existía... Quizá aprendiera la fábula al pasarle el viento en volandas alguna página suelta de los libros que se leyeron al sol en aquella plazuela consistorial con vocación de parque y de noviembre, o caída del balcón de Antonina, la pobre zamba que también leía versos y tocaba romanzas en un piano siempre afinado para los ecos del recuerdo, junto a los trinos y vuelos disecados del canario de entonces. Pero en aquel tiempo nadie viera otro cortejo que el que formaron por la tarde los cuatro hermanos de Antonina y, como cuatro muletas solemnes, se la llevaron calle abajo, hasta lo hondo de la tierra misma...

Tal vez fuera tan vieja la memoria suya que preciso se hiciera restañar en ella algún resquicio entreabierto a la noche de los tiempos—rayando ya con el limbo del olvido—, donde empieza esa memoria metafísica dócil a la trans migración de unos recuerdos sin tangencia posible con la circunstancia que se hizo calcomanía íntima... ¡Ay, de tantas imágenes entrevistas, importadas por navegantes de Oriente y de Occidente que pasaron por la calle como por la boca triste de la novia del puerto, mera escala en el mundo, toda ella pasiva y sin evasión posible, como no fuera la esperada y definitiva evasión de sí misma para ser memoria eterna, luminaria fija en el firmamento, porque en su memoria seguiría luciendo, como lámpara votiva, el farolito achacoso de la esquina, la arista avanzada que daba proa al norte de los días con la vida a remolque de sí misma!... Días de valoración difícil, sin carácter ni pasatiempo, consagración de lo cotidiano en el puro hábito que va superándose al impulso de una velocidad adquirida no se sabe cuándo, ni cómo, ni por qué...

Se ha repetido la estampa de tu farolito algo caído y mortecino, luciendo sobre losas lustradas que se irán gastando sin remedio... Sí, te he visto una y otra vez, vieja calle del Mar, como una memoria olvidada en los Salones de Otoño, sin saber dónde podré encontrarte. Como la joven desconocida que, en el lienzo vecino, cruza un arrepentimiento de brazos al pudor tardío de su total revelación...





El abuelo

SUS padres, sus abuelos, hubieron de vivir y morir en el viejo palacio hundido entre los grandes bosques de que eran dueños. La vecindad más inmediata, aunque distante, la constituían los monjes de un monasterio. Un águila real campeaba en el blasón de la casa. El abuelo Florián—ochentón, alto, magnífico de estampa masculina, como heredero bizarro de un pasado y una grandeza—acababa sus días sin otra familia ni otro asidero que Rosina, la nieta.

Devoto de la soledad, como un ermitaño. Mirando desde las ventanas del castillo el mar lejano, los anchos cielos, la arboleda sombría que encarcelaba el caserón. Sin otras tareas ni ocios que el perderse meditando por los senderos inacabables entre los árboles centenarios, y pasarse las noches de invierno en la biblioteca, a solas con sus recuerdos, viendo quemarse los leños en la amplia chimenea o releendo una vez más la historia militar y caballeresca de sus antepasados.

Había perdido a su único hijo en un accidente de caza mayor, a la que era muy aficionado, y a su nuera, poco después, dejándole aquel manojito de violetas que se llamaba Rosina.

El hijo, heredero del ducado, era todo su orgullo, porque atesoraba sus mismas virtudes, su grandeza de ánimo, su varonil hermosura, su temple de acero. Y de ahí que la pérdida del hijo echase para siempre sobre sus hombros la pesadumbre de la vida y acibarara su carácter, que nunca fué abierto ni alegre, sino reconcentrado y hosco.

Un óleo de pintura severa, presidiendo en el salón principal, junto a los viejos retratos de los antepasados, representaba al hijo muerto en su lozana juventud, con la majestad del porte y la gallardía del gesto. Y sobre una consola de ébano y nácar, la miniatura de marfil cándido de la esposa del heredero, de la madre de Rosina: un óvalo donde había unos ojos azules y cristalinos y una boca pálida que sonreía...

Rosina

No se acordaba de su padre; tan pequeñita era cuando lo perdió. De su madre tenía sólo una vaga reminiscencia. Para ella el mundo entero era el abuelo. El ama Isabel, pese a su cariño dulzón, apenas si contaba. El abuelo, tan adusto, tan avaro de palabras, llenaba

el corazón de Rosina. Dieciocho años. Como en la miniatura de la madre, la nota dominante en la belleza de aquella niña era la dulzura. También hablaba poco, más que por temperamento, por hábito; el silencio del abuelo la obligaba al silencio. Las palabras se le morían dentro, tímidas y asustadas, como pajarillos.

Ella se encontraba acaso un poco extraña en aquella soledad imponente. Ella preferiría, en vez de aquellos bosques tan frondosos, un huerto, un jardín; que las fuentes secas, cegadas, que en torno al palacio había, corrieran y cantasen; que la hiedra de los muros no ensombreciese tanto el castillo. Ella preferiría...

Se había educado sola, más por sí misma que bajo la dirección docta del abuelo. Había estudiado muchas horas, quién sabe si para no aburrirse. A ella le parecía que siendo tan ignorante como era, había aprendido demasiadas cosas. Hablaba el francés, el inglés, el alemán. Tocaba el piano y el arpa. Pero no tenía con quién hablar en ninguna lengua que no fuese la suya. El ama Isabel no la entendía jota. Y la música... ¿para qué había aprendido tanta música? El ama Isabel tampoco entendía una palabra de Chopin o de Beethoven.

Bordaba, leía, cantaba..., lo había ensayado todo, y en opinión del abuelo y el ama Isabel—su mundo, su público—, todo lo hacía admirablemente. Esto la entristecía un poco. Preferiría ser un tanto torpe para que la reprendiesen, para que la corrigiesen. Ello daría a sus horas—tan monótonas, tan grises—cierta amenidad. ¡Pero aquellos bordados tan lindos, que nadie veía, aquellas canciones cantadas a media voz, que nadie escuchaba! Ella preferiría...

El ama Isabel

¡Tan vieja! Casi tan vieja como el abuelo. Hubo de conocer los días de oro del señor duque, las bodas de maravilla de los padres de Rosina, los tiempos felices, cuando el señor duque veía en su hijo al digno heredero de su blasón y de su grandeza, que, a su vez, progenitor de varones, irían éstos legando, de generación en generación, la ilustre prosapia y el sagrado depósito de sus cualidades y prestigios.

Quería a "su niña" con mimo de abuela. Al señor duque lo miraba con el mismo respeto que a los santos. Era feliz, porque nada este mundo envidiaba. Nacida en el castillo, de su servidumbre, nunca salió de él y le parecía a veces que nada había más allá de los bosques que marcaban el límite de la heredad. No existía otro mundo aquí abajo.

Pero en este mundo "de aquí abajo" había seres impalpables e invisibles que se mezclaban en las cosas de los vivos. Había oído hablar muchas veces a las gentes que se acercaban al castillo de fantasmas, de duendes, y creía en ellos. Era medrosa.

Siempre que el abuelo sorprendió esta superstición del ama Isabel, la reprendió severamente. "En el mundo no había más seres que los vivos... y Dios. Los aparecidos eran pura patraña". Y cuando alguna vez ama Isabel llegase a consultar sus dudas y temores a "la niña", que tanto sabía, que tantos libros leía siempre, Rosina la explicó:

—Sí, ama; mucha gente, como tú, cree en los fantasmas, que se aparecen de noche a las personas, que embrujan las casas, que vagan por las galerías desiertas de los palacios. Hay libros enteros, yo he leído alguno, que hablan de estas cosas. Pero no las creas. Los duendes no existen, no existieron jamás; son un producto de la imaginación. Es la imaginación quien crea los duendes, y es el propio miedo. Pero no acababan de convencer estas explicaciones al ama. Cierto es que ella no había visto nunca a un fantasma. Pero algunas veces experimentaba el terror de verlo aparecer de pronto. Un día de invierno que había nevado mucho creyó descubrir sobre la nieve y entre los árboles, fuera de los senderos y los caminos, por donde nadie podía pasar, las huellas de unos pies... Y en otra ocasión, al penetrar en uno de los salones deshabitados del enorme palacio, juraría el haber visto deslizarse y huir por la puerta contraria una sombra blanca...

Amazona

Rosina distrae sus ocios algunos días dando un largo paseo a caballo. Ancho es el bosque, pero ella se sabe de memoria sus caminos. ¡Los ha repasado tantas veces! Cangilones de su noria, copos de su rueca, apenas si logran refrescar el ánimo encogido de Rosina.

Pero esta mañana, cuando más descuidada iba, abandonadas las riendas, un poco olvidada del paseo y de sí misma, como suele estar, ha visto—o creído ver—a otro jinete allá lejos, cruzando un claro del bosque. Nadie, sin permiso del señor duque puede atre-

fantasma

Por J. Ortiz de Pinedo
Ilustraciones de Esplandin

verse a pisar a pie o a caballo la posesión. ¿Cómo, pues, se han atrevido...?

Pero duda... ¿Era realmente un jinete? ¿Está segura de haberlo visto? ¿No habrá sido imaginación suya? ¿Acabará por tener razón el ama Isabel? ¿A que resulta que hay fantasmas en el bosque? No estaría mal... Sería divertido... ¡Se encuentra ella tan aburrida siempre!

Transcurren unos días, y la aparición del jinete se repite. Esta vez ha sido más próxima. No; no se trata de ningún fantasma. Ama Isabel no tiene razón. Se trata de un apuesto galán, caballero en soberbio caballo, que dijérase espía los pasos de Rosina.

A partir de esta segunda aparición, Rosina reconoce lo higiénico y conveniente que es el dar un paseo a caballo todas las mañanas. Y todas las mañanas Rosina acierta a descubrir, unas veces lejos, otras más cerca, al jinete intruso. Tentada está de denunciar al abuelo el caso. ¿Con qué derecho ese caballero se dedica a pasear a diario por sitios vedados? Pero piensa luego que el abuelo va a enfadarse mucho si se entera, y el delito, después de todo, no es tan grave. Así, pues, lo mejor será dejar correr "la cosa"... Que el caballero desconocido pasee por el bosque todo lo que le venga en gana. Y, a propósito del osado jinete: ¿es rubio? ¿Es moreno? No ha cabalgado tan cerca de ella que haya podido apreciar el color de su cara. Y, nada más que por curiosidad, desearía verlo una mañana lo suficientemente cercano para saber a qué atenerse respecto a su color.

En la biblioteca

Pero han pasado uno, dos, tres, muchos días, y el jinete no ha vuelto a ser visto por Rosina. No sería un fantasma, pero como si lo fuera, se ha desvanecido. Rosina continúa dando su paseo matinal. Un poco monótono también le va resultando. La soledad en que vive parece acentuarse. El bosque se le torna insípido. Para su desgana, no encuentra Rosina otro refugio que la lectura.

¡Oh, los libros! La biblioteca del castillo, vasta, copiosa, severa, antójasele ahora el más gayo y ameno jardín. Los libros, a los que ella ama tanto, son ahora preferidos a todo. Y un poco aturrida, atolondrada, saca de los estantes volúmenes y volúmenes que hojea rápida, dejando unos para coger otros, en rebusca no sabe de qué...

¡Son los poetas los que en esta ocasión solicitan sus preferencias. Los poetas embusteros, al decir del vulgo, los que todo lo pintan de color de rosa. "Sí—piensa Rosina—, mentirán, fantasearán, pero, ¡cómo apagan la sed, cómo consuelan!"

En el librito que tiene a la sazón en las manos lee, al azar, estos versos de Lope:

*Si yo las flechas del amor tuviera,
de vos a todo el mundo enamoraré...
y en torres de diamantes os guardaré
porque, después de amaros, nadie os
[viera.*

Sin adentrarse por la segunda estrofa, repite la primera, saboreándola. Luego, abriendo otro libro de versos que firma Sor Juana Inés de la Cruz, tropieza con el siguiente soneto:

*Detente, sombra de mi amor es-
[quivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penoso vivo.
Si al imán de tus gracias atractivo
sirve mi pecho de obediente acerq,
¿para qué me enamoras, bionjero,
si has de burlarme luego fugitivo?
Mas, blasonar no puedes, satisfecho
de que triunfe de mí tu tiranía,
que, aunque dejas burlado el lazo es-
[trecho
que tu sombra fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía.*

Con el libro entre las manos, hundida en el ancho sillón fraileiro, Rosina cierra los ojos, como si dormitase. Hay dos versos que vuelan, persistentes, en su memoria:

*Y en torres de diamantes os guardaré
porque, después de amaros, nadie os
[viera.*

Y, tras ellos, estos otros que parecen completar un íntimo pensamiento recóndito de la soñadora:

*poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía.*

Poco a poco, los versos cesan en su "ritornello" y plegan las alas como mariposas. Rosina no se sabe si duerme, arrullada por la música de sus poetas para seguir escuchándolos en sueños, o si, despierta, paladea el éxtasis lírico provocado por Sor Juana.

Cárcel de oro

Ante el ancho zaguán de menudos guijarros y techumbre de vigas que da acceso al castillo, se ha detenido una cabalgadura. Un hombre de bizarra traza echa pie a tierra, ata las riendas al hierro del muro, cruza el zaguán, gana la breve escalinata de piedra que conduce a la galería de la planta baja y avanza resuelto por ella.

Sale a recibirlo ama Isabel, y un instante después penetra el recién llegado en la cámara del duque. Se trata del joven conde de Brezuelos, que deseaba hace tiempo, según manifiesta, cumplimentar al duque y saludar de paso a su encantadora nieta. Más claramente: ver a Rosina con el pretexto de visitar al abuelo.

Ve, en efecto, a Rosina; pero el duque dispensa al conde un recibimiento desabrido. Rara vez pisa el castillo algún caballero que, sabedor de la fortuna del duque y la hermosura de la nieta, acaricia la idea de aunar ambos tesoros bajo la dulce coyunda matrimonial. Pero siempre que ocurre esto, tal es la acogida dispensada al visitante que se le quitan las ganas de volver.

¿Por qué razón procede así el abuelo? ¿Acaso estima modesta la fortuna o la extirpe de los aspirantes a la mano de Rosina? ¿Espera tal vez que un día atraviere el zaguán y gane la escalinata un príncipe auténtico, más gallardo y rico que los de los cuentos de hadas? ¿No se contenta con menos el señor duque, dado el esplendor de su linaje y el oro de su bolsa?

Una amargura pesa sobre su corazón, un rencor por no sabe quién... El soñaba con la perpetuidad del apellido y el ducado por la línea masculina. La muerte de su hijo único, de su heredero, vino a cubrir de tristeza, y para siempre, su vida, matando la ilusión que alimentaba. No, no quiere, mientras él viva, que nadie venga a usurpar el lugar de su hijo. ¡No, nadie, nadie! Tendría que ser un príncipe de veras, tendría que ser un rey.

(Continúa en la página 64)



用肌

Por GASPARI



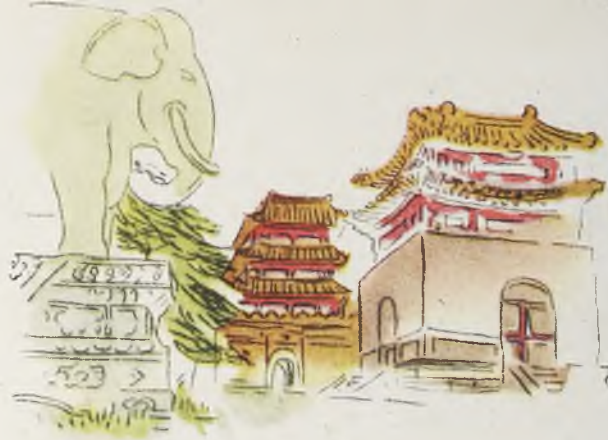
JOVEN y viejo país. Chimeneas y pagodas. Occidentales sombreros sobre ancestrales túnicas de varios tonos. Endurecido asfalto cubriendo una tierra que sustenta desde milenios la más vieja civilización de la Tierra. Cuando en Europa andábamos arrastrándonos por las cuevas y el fuego, todavía era desconocido en su uso, en las espesas nieblas del hombre primitivo, en las tierras de la Mandchuria ya era el hombre sér vivo espiritualmente, y no sólo conocía el uso del fuego, de la piedra y del hierro, sino que usaba de una cortesía en su trato con los semejantes, para diferenciarlo de las bestias. Pero así como en Occidente rompimos, después de un marasmo de siglos, en un vértigo de velocidad en el que, asombrados en nuestro propio vehículo nos preguntamos a dónde vamos, Asia se contuvo, y apenas alumbró su civilización, se recogió a sí misma e incubó su espíritu, dejando hacer al mundo. Y fué Occidente quien llamó a las puertas de Oriente, y alguna vez con pesados aldabones, como los del Comodoro Perry en las islas del Dai Nippon; y como en Cantón los ingleses y su opio; y en Pekín, Shanghai, y en las selvas de Indochina y en tantos más sitios. Asia, tranquila, dejó hacer, y observando, empezó a aprender, asimilando, y con la flexibilidad de lo oriental, acomodóse al nuevo estado de cosas, asimándose a ese Occidente práctico y quizá cómodo.

Y, entre otros fenómenos más, que ya hemos señalado en otros trabajos, surge en el Estado asiático, en las inmensas y misteriosas estepas de la Mandchuria y en las montañas abruptas del Norte de China, un nuevo Estado: el Manchukuo, que el 1.º de marzo de este año cumplió sus diez años de existencia,



CHUKO

TATO CUMMING



que a los dos años de nacer, se transforma en Imperio, y es Pu-Yi, el niño-Emperador de la dinastía destronada en China por Sun-Yat-Sen en 1912, quien ocupa el trono con el nombre de Su Majestad el Emperador del Manchukuo. Y precisamente obedeciendo quizá a llamadas ancestrales o a cósmicas fuerzas anímicas, vuelve al trono de sus mayores para regir en verdad al pueblo de los manchúes, quien en nombre de él dictaba sus órdenes a los chinos, que durante siglos se sucedieron en la dinastía manchú los Emperadores en la policromía de Pekín.

Y por eso nada parece extraño en este país, surgido como el edificio del solar. Todo nuevo, y lo antiguo, adaptándose, y lo moderno, evocando con suaves maneras—a lo oriental—la línea arquitectónica, resbala del clasicismo indígena a los paralelepípedos occidentales. Un rascacielos horizontal es rematado por la techumbre de un templo. Un bosque de chimeneas cubre de espeso humo el azul purísimo del cielo manchukuanlo, y, a veces, es un encanto descubrir a través del celaje la graciosa silueta de una pagoda.

El espíritu del "wangtao", o "Camino del Rey", preside el desenvolvimiento del país. "Wangtao" es tradición, sano nacionalismo, barrera contra las teorías disolventes; es la esencia de la sabiduría filosófica de Yao y Shun, los monarcas que reinaron en los albores del pueblo; es la fuente que inspiró a Confucio, que consideraba al Estado como una gran familia y al rey como la encarnación del amor a sus súbditos, del trabajo común para el bien de todos, y de la buena fe y armonía. Los gobernantes del Manchukuo comulgaban en el "wangtao", y su lema es: "Pao ching, an-min", que quiere decir: "Paz en el interior, seguridad para el pueblo"; y como consecuencia, trazan en el centro geográfico del país la "Nueva capital", o Hsinking, sobre la antigua aldea de Chang-chun. Se delinean sobre el terreno, que es como un gran solar: las calles, el subsuelo, el alumbrado; se plantan los árboles y se dibujan las par-

jetas, que, transtormándose en solares, pasan a levantar los bellos y modernos edificios de esta ciudad que, mirando al futuro, se ensancha en sus calles, avenidas y en esas gigantescas plazas, capaces, en un no muy lejano tiempo, de recibir miles y miles de vehículos. Y como la capital de una nación refleja el espíritu de la misma por irradiación y por absorción, así todo el país se prepara para un futuro con las realidades del momento, que suma en sus diez primeros años una prosperidad innegable.





Orto

*Salió el sol. Las nubes de oro
se incendiaron abrasadas.
Brilló con mil tornasoles
la luz, en iris de nácar.*

*Acarició todo el campo
una brisa fresca y plácida,
que en los álamos del río
fué un leve batir de alas.*

*Doráronse los trigales,
y sobre el fondo escarlata
de una encendida amapola,
con centelleos de plata,*

*una gota de rocío
formó un iris de esmeraldas.
En los hondos barrancales,
entre las verdes retamas,*

*cantó una alondra despierta.
Y entró alegre la mañana
con sus mil ruidos y afanes,
plena de sol, linda, cálida.*

MIGUEL DE ACOSTA

BALBUENA



CUATRO AUTORES

Por CAMILO LOSADA DE SOTO

LA historia de los pueblos se gesta en la conciencia de sus hombres elegidos, primero, en su pluma, y en su verbo, después. Los países de América no tendrían el sentido de nacionalidad si no lo hubiesen obtenido en la lucha política y no lo fortaleciesen encontrando en su literatura, en su música, la encarnación de su modo de sentir y el motivo de su útil y sano orgullo patriótico.

Es verdad que en algunas ocasiones es una pieza literaria o un aire musical lo que crea y forma a ese sentimiento nacional; pero el discurrir sobre esto no es nuestro propósito.

En la literatura americana hay cuatro autores meridionales, que llamaríamos representativos si esta palabra no estuviese, por tan manoseada, un poco falta de prestigio para calificar. Son ellos, el argentino José Mármol, el peruano Ricardo Palma, el uruguayo José Zorrilla de San Martín y el ecuatoriano Juan Montalvo.

Todos ellos vivieron a mal con la época, son los rebeldes de su generación y sufrieron persecuciones por sus ideas contrarias al momento político en que les tocó pensar y actuar.

José Mármol nació en 1818, y es uno de los proscritos de la tiranía de Rosas. En Montevideo, donde le tocó vivir su exilio, escribió sus fogosos endecasílabos en que restableció el verbo preromántico de Quintana y la emoción sentida de Menéndez Valdés; en ese destierro escribió "El peregrino" y sus terribles "Imprecaciones a Rosas"; estrenó sus dramas "El poeta", tímido acercamiento a un tema americano de salón, entonces prima novedad en los teatros rioplatenses, y "El Cruzado", evasión hacia los muros de Antioquía, calcado en las fórmulas románticas más en boga. Quizá pergeñó el borrador de su famosa "Amalia", que, vuelto del destierro, publicó en 1851, junto con "Armonías", ambas pintura acerba y cruenta de un idilio tras los paños luctuosos de la dictadura. En la vibrante juventud de su hora, es Mármol el poeta más artista y veraz de toda la emigración; sus hermanos, Mitre, Varela, Sarmiento, etc., eran más bien hombres de acción y de combate, que cayeron en la poesía por derivativo y fuerza de sus campañas políticas. Mármol sabe versificar, y en muchas ocasiones su estro se inspira y levanta en vuelo seguro, no estando lejos en la ternura del sentimiento auténticamente lírico. Ciego y enfermo, murió en su Patria, en 1871, presintiéndola ya grande y fecunda y dejándola como regalo el óleo rojizo y tembloroso de su "Amalia".

Nada más parecido a una Corte borbónica de tipo versallesco—culto, ilustrado y galante—que aquella Lima virreinal, por donde pasó sus delirios místicos y locuras mundanas una comedianta como la Perrichola. Ese mundo pequeño y brillante: ese sector de América, a la vez indiana y europea, donde el cholo brinda-

ba un toro a la amante secreta y encopetada, y donde el virrey regalaba carrozas a la comedianta indígena, cobró luminosa prescancia en la pluma artística y efusiva, la del peruano Ricardo Palma. Como todos, conoce el pan duro del destierro; como todos, es periodista combativo y mordaz; como todos, es, a la vez, hombre de acción y hombre de gabinete. Nace en 1833; se inicia como dramaturgo con títulos rabiosamente románticos y de folletín: "La hermana del verdugo", por ejemplo. Pronto, siguiendo, claro está, la perduración hispánica de Trueba y Zorrilla, publica sus libros de versos "Armonías", "Pasionarias", etc., y al culminar la madurez, en 1872—tenía entonces treinta y nueve años—, sus famosas tradiciones peruanas, donde aquella Lima virreinal a que aludimos adquiere, por virtud y milagro de su arte, colores vivos de cosas corrientes, fresca inmarcesible de lo que es imperdurable y eterno. No le bastó a Palma ser un constructor de su tiempo y un gran artista; fué también el maestro de toda una generación. En su torno, un grupo juvenil formó escuela. Yo he sabido de aquel grupo socrático, que en el banco de alguna plaza limeña escuchaba de labios del viejo poeta toda una historia romántica y bohemia de la vida literaria peruana en la segunda mitad del siglo XIX. Dejó a sus discípulos el legado supremo de su arte, su bondad y su recuerdo.

El uruguayo Zorrilla de San Martín es uno de los últimos epígonos del movimiento romántico americano. Poeta desde la raíz del alma, también es constructor de su nacionalidad: sufre persecuciones y destierros, y Buenos Aires, pagando la deuda con los hermanos del Plata, lo recibe con el exilio, castiga sus ideas.

Pero sobre todas las cosas es escritor y creador, el creador más alto de una auténtica época americana; ya el romanticismo se des-embrazaba de su lastre europeo; ya con lo tradicional se sentía el calor vivificante de la tierra; ya llegaba a la creación literaria el profundo gusto por lo autóctono: así nacieron en Zorrilla de San Martín "La leyenda patria", exaltación de los próceres uruguayos en 1879, y así, en 1888, surge de su pluma inspiradísima el genial "Tabaré", poema de la tierra en toda su tremenda fuerza; poema radical de sus mitos, sus cosas, sus paisajes, sus hombres y su drama; poema central del nuevo ritmo, donde, con gesto magnífico, se unen las seculares tradiciones de la hispanidad en su fervor de raza e hidalguía con la naciente sinfonía de América.

Como Mármol, como Palma, como Zorrilla de San Martín, un ecuatoriano, don Juan Montalvo, fué activísimo constructor de América. También luchó contra Gobiernos que no le comprendían; también fué periodista de verbo encendido y ejemplarizador; también fué exilado y también fué artista de profundo y generoso corazón.

(Continúa en la página 59)



Cuadro de Rincón, que pasó por ser Isabel la Católica hasta ahora



Fernando Gallegos

ISABEL DE CASTILLA

Por J. ENRIQUEZ DE LA RUA

PREAMBULO

APROXIMÁNDOSE el centenario de Isabel I, la reina augusta, la castellana auténtica, austera y recia, severa y gallarda, de modestia y sencillez insólitas, de majestad y entereza soberana, puesto que hace los quinientos años de su nacimiento el día 22 de abril de 1451, ya que nació en Madrigal de las Altas Torres el dicho día 22 de abril de 1451, a las cinco menos cuarto de la tarde—según el cronista Gil González Dávila—, del matrimonio habido entre

don Juan II de Castilla, el rey poeta, y doña Isabel, infanta de Portugal, quiero hacer un poco de historia, no de la reina, que eso es harto sabido o lo harán otros, sino de la tabla donde está el único retrato, el verdadero retrato, el auténtico retrato de la dicha reina.

Y lo hago por varias razones. La primera, porque en Toro, paraíso de la Castilla madre, fué concebida, por especial gracia, la niña que había de nacer después en Madrigal de las Altas Torres el día 22 de abril de 1451 (1).

He aquí lo que la Historia nos cuenta.

(1) Hay disparidad de opiniones sobre la fecha y el lugar de nacimiento de la Reina augusta. Según Lucio Marineo Sículo, nació en Madrigal de las Altas Torres, en 1449; según Bernáldez, en su "Crónica de los Reyes Católicos", en Avila, el 19 de noviembre de 1450—opinión completamente descartada, por estar probado hasta la saciedad que nació en Madrigal—; en 1451, según Hernando del Pulgar; el 23 de abril de 1451, según un M. S. del Doctor Toledo; el 22 de abril de 1451, a las cinco menos cuarto de la tarde, y bautizada en la parroquia de Santa María del Castillo de Madrigal de las Altas Torres, según el cronista Gil González Dávila.

Corría el mes de julio de 1450. Descansaban en Toro—como otras muchas veces lo hacían—alejados del tráfago de luchas intestinas que asolaban el país, los reyes don Juan II y doña Isabel, infanta de Portugal, mas en ambos un íntimo dolor les hurgaba lo mas sensible del alma, ya que querían y no tenían sucesión.

Y como el tiempo corría y su anhelo no se concretaba, la reina, ferviente cristiana, hizo el ofrecimiento de ir descalza desde su palacio de Santo Domingo—fundado por doña María de Molina, hoy desgraciadamente desaparecido—hasta los pies de la Virgen toresana de La Soterraña, extramuros de la ciudad, si le concedía sucesión (1).

La Virgen escuchó sus súplicas, pues poco tiempo después de hecho el ofrecimiento se supo en cinta y, como había prometido, fué descalza por las calles de Toro, acompañada de don Juan y nutridas representaciones del clero y del pueblo, a dar gracias, cumpliendo el voto a la milagrosa imagen de la Virgen. Voto al que añadió el rey el de hacerse hermano de la Cofradía de la citada Virgen.

La segunda, porque don Juan, el padre de Isabel, era toresano, y en la magnífica vega de Toro—escala de ruiseñores—aprendió el lenguaje divino de los líricos.

La tercera, porque en los campos de Toro se dió la batalla que aseguró sobre la frente de Isabel la corona de Castilla y,

La cuarta y última, porque Toro conserva una tabla donde se puede contemplar la gentil figura de la soberana de Castilla.

FERNANDO GALLEGOS

Sabido es, sobrado sabido, que Fernando Gallegos—nacido hacia 1470, en Salamanca, y muerto en la misma ciudad hacia el

(1) La ermita de La Soterraña ha desaparecido y se ignora el paradero de la venerada imagen.

año 1550, alcanzando la respetable edad de ochenta años—, del que se desconocen los padres y los primeros pasos, y que en dicha ciudad pintaba—al estilo de Brujas, según algunos autores—, después de haber bebido anheloso en las fuentes prodigiosas de Wander Weyden, Thierry Buts y Pedro Christophæen—discípulo de Van Dyck este último, que pasó en España bastante tiempo—, y que se acerca más a Wander Weyden y a Thierry Buts; “por—como dice Marcel Dienlofoy en su “Historia general del Arte. España y Portugal”—, el gusto de reproducir los trajes suntuosos, las botas acuchilladas, las capas vistosas, los arneses de guerra, especialmente esto último, por lo que ha merecido el sobrenombre de maestro de las armaduras”; y del que dice Cossío que: “Tal vez no pueda decirse que el primero en el tiempo; pero sí puede asegurarse que el primero como el más genuino y fiel representante de aquel influjo en Castilla, el flamenco con matices italianos”, fué muy favorecido por la reina inmortal.

¿Es extraño, pues, que la reina posara para el artista genial? No, indudablemente no; y por eso lo hizo, y dió lugar a que Fernando Gallegos tuviera la honra y gloria de dejar a la posteridad el único retrato auténtico de Isabel la Católica.

Porque no hay, en verdad, más retrato que éste, ya que el procedente de la Cartuja de Miraflores y que se guarda en el Palacio Nacional de Madrid, de Rincón, es, concreta e indiscutiblemente, apócrifo, y así ya lo reconocen muchos autores, como lo es el de “Los Reyes Católicos adorando a la Virgen”, que se guarda en el Museo del Prado, procedente del Monasterio de Santo Tomás, de Avila.

EL CUADRO

Sobre fondo sombrío, con edificaciones de color verde, con varias series de arquerías semicirculares y por acroterias grupos de luchadores y un pequeño ángel rubio y sonreidor; sobre un suelo de verdura salpicada de florecillas, entre las que asoma una rana verde y bobalicona, y sentada en magnífico trono de piedra ilustrada con adornos semiitalianos, exhibiendo a los lados, sobre pedestales con lindos grutescos, bellas columnas de jaspe, aparece sentada una Virgen de hermosura serena, vestida con dos túnicas: una, la primera, de brocado amarillo, soberbia; sobre esta otra, no menos bella, de color violáceo y, sobre todo, un manto de púrpura magnífico—que luce sobre la parte que cubre la rodilla izquierda una mosca—, sosteniendo en su regazo a un niño Jesús, al que muestra una manzana.

Al lado derecho, apoyada en uno de los brazos del trono, doña Beatriz de Bobadilla, la gran amiga y confidente de Isabel, cuyo rostro concuerda exactamente con el del retrato del “Libro del Buen Vasallo”, enfundada en magnífico traje, de brocado y manto soberbio, y cubierta con un velo transparente sobre la toca que envuelve sus cabellos totalmente, y luciendo un broche y un medallón de oro.

A la izquierda—del trono de la Virgen, naturalmente—, apoyado de espaldas en el dicho trono, calvo y serio, con un libro en las manos que hojea pausadamente, vestido de amplio manto rojo, se ve a Fernando Gallegos (1) autertratado—que es autorretrato, no hay más que verle—, tal vez más que por mero capricho del artista, por deseo expreso de la reina augusta y, ante éste, en primer plano, sentada a los pies y un poco a la derecha de la Virgen, con su no muy elevada talla, su mórbida belleza castellana, su frente serena y majestuosa, sus ojos lindos y graves, su cara redonda y austera de abadesa, un libro abierto sobre las rodillas, pero, más que leyendo, meditando sobre lo leído—pues sus ojos, la expresión de su boca, de finísimo dibujo, y sus manos, así parecen atestiguarlo—, tocada con riquísimo ropaje blanco y verde, luciendo en el pecho un medallón de oro y una regia corona en la cabeza, bajo la que, en cascada tumultuosa sobre los hombros, se desgaja una espléndida cabellera sedosa y rizada, y teniendo junto a ella en el suelo una espada finamente cincelada, en la que apenas se lee: “*Novlimirni... Niri...*”, está nada menos que Isabel I de España, la egregia Reina Católica.

Es la tabla tan monumental, de tan bello colorido, de tan firmes trazos, de tan divinas líneas, que encanta y, sobre todo, por el trabajo de las filigranas del trono..., la corona... y las manos

(1) No ha faltado quien, después de mi descubrimiento, después de que conseguí autenticar la tabla, ha dicho que este hombre que aquí aparece es el cardenal Albornoz; y no es cierto, porque el cardenal era hombre fuerte, sano, de aspecto altivo y de rostro redondo y sanguíneo, como dicen los que lo describen. También hay quien dice que es el cardenal Ximénez de Cisneros, y también se equivocan, pues el cardenal Ximénez fué un hombre de “frente amplia y como surcada de pensamientos, la mirada penetrante y luminosa, la boca voluntariosa y enérgica” (Jean Bertheroy: “Ximénez de Cisneros”. Libr. I, cap. II, fol. 16).



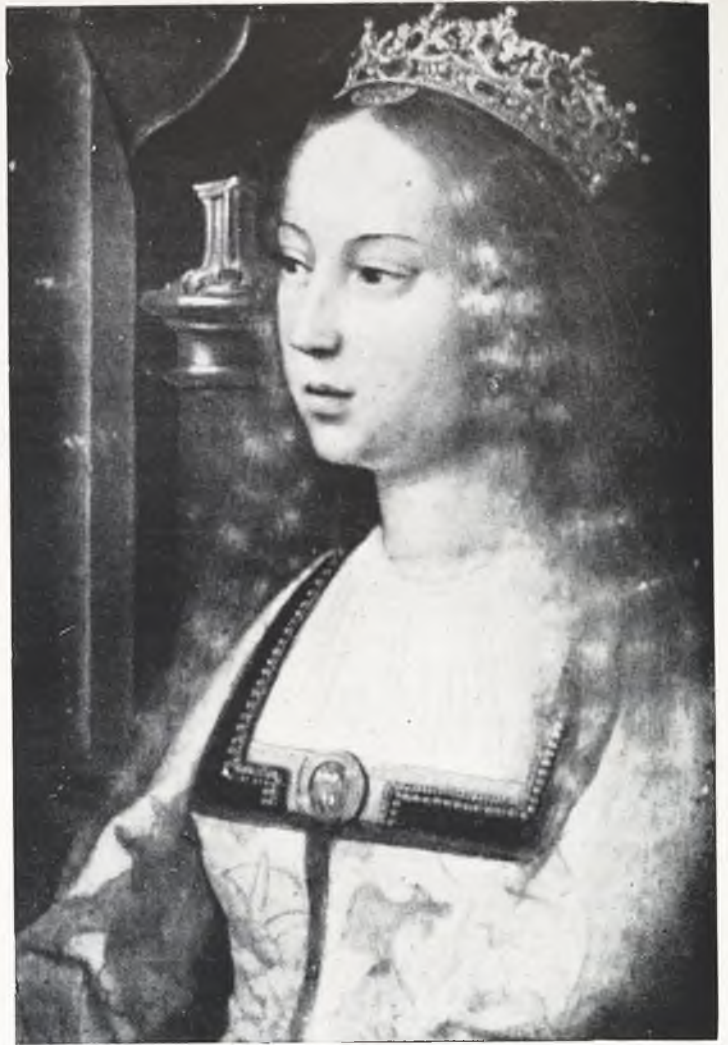
El cuadro de “La mosca”, de Toro, pintado por Gallegos



La mosca que da nombre al cuadro



Beatriz de Bobadilla, gran amiga de Isabel y donadora del tríptico, una de cuyas tallas es el cuadro de "La mosca" para el convento de Santo Domingo de Toro



Isabel la Católica. Único retrato de Isabel. Detalle del cuadro de "La mosca", de Gallegos

manos liliales, manos magníficas, que huelen a claustro, que añoran alcázares.

Por ello Cossío pudo decir de ella, con verdad, que "es tan correcta y excelente, que más que española parece verdaderamente flamenca con influjo italiano al estilo de Mabuse, por ejemplo".

SU AUTENTICIDAD

Esta tabla no ha pasado inadvertida para ninguno de los críticos y rebuscadores de bellezas, pero todos han dudado de su autenticidad por no pararse a estudiarlo como es debido.

Cossío, en su obra "Pintura española", no dice nada del autor: se conforma con admirarla. Otros la mencionan de pasada o no la mencionan y, Gómez Moreno, en su "Catálogo monumental de España, provincia de Zamora", en la página 215, dice de ella que "corresponde al arte flamenco influido por lo italiano; puede colocarse a su autor tras Gerard David, a la par que Isebrant y el maestro de Segovia, pero no hallo asimilaciones decisivas para una atribución concreta".

Ello es debido a que la verdadera prueba documental ha pasado inadvertida, teniéndola la misma tabla: la firma.

Pero no se crea que la firma que yo digo que es de Gallegos es esa firma; apócrifa a todas luces, en letra gótica caligráfica del siglo XVII, hecha con un punzón (1), y que dice: "Ferdinandus Galecus". No. Yo hablo de la que hay que hacer esfuerzos inauditos para traducir—pues ya resulta, a duras penas, perceptible, y acabará por desaparecer—, hecha en negro que dice: *Fernando Galecus*.

POR QUE DE LA MOSCA

En su madurez, dice la tradición, trabajaba el maestro allá en su estudio de la ciudad de las piedras de oro, en un tríptico de

(1) Debe tenerse muy en cuenta, porque es digno de ello, a propósito de la firma hecha con un punzón, que en el Museo Provincial de Cádiz existe un tríptico—del que Salomón Reinach, en su "Apolo", dice que, en su concepto, "no es de Gallegos"—con la Piedad en el centro, a la izquierda el Camino del Calvario y a la derecha la Resurrección; obra flamenca con influjo italiano, que yo no dudaría en atribuir a Gallegos, y que tiene la fecha y la firma de este autor, hechas también en letra gótica caligráfica del siglo XVII. ¿Que ello es una mera coincidencia? Sí, en efecto; pero es tan extraña, que, sin decir mucho, lo dice todo.

gran importancia, al que pertenecía esta tabla, que tenía que entregar a una gran dama—doña Beatriz de Bobadilla, para la capilla del Príncipe del Monasterio de Dominicos de Toro—, cuando por una causa imprevista se vió en la precisión de ausentarse de la ciudad.

Su contrariedad fué grande; pero como no podía menos de realizar aquel viaje, se ausentó, después de amenazar a sus discípulos—que lo eran muchos y muy valiosos algunos—con severos castigos si toleraban que las moscas en el tríptico "se aposentaran" y mancharan su obra, casi terminada ya.

Le aseguraron los discípulos que cuidarían de sus tablas, y el maestro se fué, aunque no muy tranquilo, dado su temperamento.

Tras breves días de ausencia, volvió a su ciudad y a su estudio, y aquí fué Troya. Lo primero que hizo al llegar fué visitar su taller, y en él sus tablas, y cuál no sería su sorpresa al ver que en el sitio más visible de la tabla central, en la rodilla de la Virgen, descansaba una mosca, sin que nadie se hubiera dignado molestarla.

Se volvió indignado a sus discípulos y les increpó por su descuido, y ante la risa un poco enigmática y un sí es zumbona de su discípulo predilecto, trató de ahuyentarla..., pero he aquí que la mosca no se movió.

Acercóse más, miró intrigado detenidamente, y advirtió, con el consiguiente asombro, que la mosca malhadada no era real, sino pintada.

—¿Quién ha sido el autor de esta broma?—preguntó.

—Yo, señor, y os pido perdón por ello—dijo asustado su amado discípulo, su discípulo predilecto.

El maestro se echó a reír, y repuso:

—Ven a mis brazos, gran pintor, que, como Parrasio, has dado una lección a tu maestro. En premio de ello, esa mosca quedará en el sitio donde fué pintada, para gloria del autor de la broma.

Y desde entonces, el amado discípulo fué su colaborador más fiel y su mejor amigo (1).

(1) Se ignora en absoluto el nombre de este gran pintor, discípulo de Gallegos, que si se conociera figuraría en letras de oro en la historia de la pintura española.

EL PEREGRINO Y LA TITIRITERA

Por JULIO ESCOBAR

EN Castilla hay gentes que el vulgo, con tino certero, llama "aves de paso", porque no afincan su vida y profesión en casa propia y lugar fijo, sino que van de un lado a otro, por las rutas diversas que surcan la tierra, al igual que las arrugas en la ancha y encallecida mano de un labriego. Son estas gentes los trajinantes, los chalanes, los arrieros, los quincalleros, los buhoneros, los portistas... Y son también los mendigos profesionales, con soles y barro de muchos paisajes, y los peregrinos enigmáticos que van a Compostela o a Zaragoza, al Henar o a Guadalupe, al Cubillo o a Limpias.

Una vez paró una de estas "aves de paso" en un lugar famoso de Castilla. Era un hombre del más extraño aspecto, vestido de peregrino, que, en llegando a la llustre villa castellana, desde el arco de las murallas, tomó la calzada y se adentró en una posada o parador que llaman "La Estrella". En aquellos días eran huéspedes del parador el señor Florentino "el Macoterano"; Perico Mambblas, el chocolatero de Medina; un pajero de Ataques que llaman Dominigín; dos chalanes de Santa María la Real de Nieva, y la Ramona, renombrada quincallera de Sanchidrián.

Los posaderos tienen una hija y un hijo. El hijo estudia el sacerdocio en Astorga y, como ya es teólogo, viste manteos, amplia capa y bicornio con cuchara de palo. La hija, Mónica, encarnada, menuda y carnosa como una cacerola, ayuda a los padres en el negocio.

Al amor de la lumbre, el peregrino relata su odisea, y dice: —Salí de mi pueblo, cuyo nombre silencio, el mismo día de la Santísima Virgen del Rosario, y llegué a Zaragoza en la festividad de San Rafael. Desde el Pilar marché a Soria, pura cabeza de Extremadura; luego, a Burgo de Osma y, Duero abajo, por Roa, Peñafiel y Tordesillas, arribé a este lugar. De aquí marcharé a Zamora para cumplir una promesa, y por la sierra de la Culebra me adentraré hasta la cuenca del Sil. Y a Compostela, como remate, para caer de bruces ante el sepulcro del Apóstol Santiago, donde diré, después de mis oraciones, lo que musitó Augusto en su lecho de muerte: "Acta est fabula".

Mónica, que mira y admira boquiabierta y embebida al peregrino, inquiere:

—¿Y esas palabras y esas barbas no serán de mentirijillas? ¿Y de qué mar sacó usted las conchas que lleva en la esclavina? ¿Y no come usted más que pan y queso, como los pastores enamorados de antaño? ¿Y para qué lleva una calabaza en ese cayado? Pues la sogá de la cintura no será para ahorcarse si se ve desesperado...

El peregrino sonrío, y contesta con dulzuras místicas:

—La calabaza del bordón es para el agua, como el zurrón para las limosnas que las buenas almas me dan. Y la sogá es cingulo que ciñe, ya que no el alba sacerdotal, mi tosco sayal de penitente.

Y encarándose con la moza, la espeta:

—¿Tú, cómo te llamas?

—Mónica.

—Igual que la madre de San Agustín. ¿Tú no conoces la vida del famoso obispo de Hipona?

—Que nos la cuente. Que nos la cuente—piden los huéspedes al peregrino.

Este accede, y dice:

—Sólo voy a relataros que, como todos sabéis, San Agustín fué, antes de religioso, un joven rico, apuesto y licencioso. Una vez, nuestro hombre llegó a una playa muy en moda cuando la animaban, en plena canícula, multitudes alegres y privilegiadas. Agustín, que ya había oído predicar a San Ambrosio, iba a la orilla del mar desafiando el misterio de la Santísima Trinidad. Leía en la mar, en el cielo, en el paisaje, paseo arriba y paseo abajo. De pron-



to, reparó en un niño encantador que con una concha recogía agua de la playa y la echaba en un hoyo. Le hizo gracia el juego infantil, y preguntó al pequeño: "¿Qué haces, angelote?" El niño levantó sus ojos, y respondió con candor admirable: "Meter todo el mar en este agujero." "Pero eso es imposible", se apresuró a decir Agustín, lleno de risa. "Pues más imposible es averiguar lo que tú estabas pensando...", fué la respuesta inmediata del infante.

La charla se enreda como las cerezas y, quien más, quien menos, todos meten cuchara en media fuente. Hasta que llega la noche, y el posadero ordena:

—Cada mochuelo, a su olivo.

El peregrino ocupa un rincón de la tarima en la sala de la planta alta. No duerme ni sosiega. En lo más profundo de la noche ve pasar una mujer vestida de nieve junto a su lado. Inquiere:

—¿Quién va?

Una vocecita, apagada y temblorosa como llama final de cirio, susurra:

"Soy yo, Mónica..." "¿Qué quieres?" "Vete..." el peregrino manda primero y después suplica... "Sí, vete, vete. Mónica, Mónica" "tolle et lege". "Acuérdate del alma".

Un silencio opresor. Y la moza, vestida de nieve, se deshace escaleras abajo...

En la madrugada llegan unos titiriteros en su carromato. El peregrino ha visto a una mujer joven y bella que viene en la pandilla. Esa mujer harlo la conoce. Es María Fernanda... Los designios del Señor son enigmáticos. "Ad augusta per angusta".

Los titiriteros, en cuanto tienen permiso de la autoridad competente, anuncian el festival. En los titeres intervendrán, según el pregón, el famoso equilibrista mister Jork, el mago indio Karikal, el graciosísimo payaso Tonto-Toti, la amazona miss Julieta, la mona "Lisarda", el asno "Rigoletto" y la cabra "Medusa". El peregrino se pregunta: "¿Será María Fernanda mi Julieta?"

Se afirma la duda en el peregrinito. ¡Ay, Señor! ¿Es este el trance destinado al peregrino en su caminar? Dichosa posada de "La Estrella". Bienaventurada o malaventurada seas. ¿Y quién había de decir al penitente que en este parador iba a hallar lo que le perdió y creía perdido por toda la eternidad?

A solas con la amazona, dice el peregrino: "Usted es de tierra de naranjos y mar azul, hermana. El sol levantino incendió su caballera, y las moritas maduras de sus ojos tienen zarzales. Nos conocemos, hermana."

La aventurera se echa a pensar. El era joven y libre. Ella, lujosa y frívola como una mariposa alocada. El llegó a darla cuanto poseía; juventud, gloria y riqueza. Ella iba en un caballo blanco, a galope sobre la vida. El se quedó atrás, sólo con su pasión y su miseria.

¡Que va a empezar la función, respetable público, con la luz de la luna en la plaza! La guitarra de Karikal desmáyase en lamentos. La sombra está llena de coros morunos. En el corro que han hecho los villanos a latigazos del tonto, corre ahora miss Julieta sobre otro caballo blanco. El peregrino no ve a la caballista sobre la bestia, sino a Santiago Apóstol, que cabalga desde Zaragoza a Compostela, a través de España, sobre cuyo pecho heroico coloca la banda de un camino de victoria católica e imperial.

Acabados los titeres, el portalón de la posada se llena de veceros y parroquia. Las jarras, llenas de mosto, van de boca en boca, hasta poner alas de alegría en los espíritus. Karikal, que arrastra una capa roja y torera, fanfarrona como la de Don Juan, da de beber a Mónica. Y la hija de los posaderos, desvestida de tanto mirar al peregrino y al mago, deja caer la jarra. La jarra se rompe en mil pedazos.

Karikal dice entonces: "Cuando se casan los gitanos, el jefe de la tribu tira a lo alto una jarra, que, al estrellarse contra

(Continúa en la página 59)



U N A F E C H A

Por LUIS ROSALES

PRONTO va a terminar un siglo de gloria, de buen servicio a Dios. España lo ha llenado cumplidamente. De tierra en tierra ha ido dejando, sin cansancio aparente, banderas, libro y cruz. Sangre también; pero, en cuenta de hidalgo, debe pasar inadvertida. Ha dicho su palabra sobre el mar, y éste le ha revelado su secreto; ha descubierto islas alegres, combatido herejías y fundado ciudades, entre ríos, de dulce clima y de buen aire. Dicen que somos un pueblo duro; pero las cosas son así, y a puro resplandor de espada se abre paso el arado. Por aquel entonces los soldados de España iban acompañados de capellán y bachiller que les dijeran, cuando fuera oportuno y conveniente, romance y letanías. Su tierra propia, la de España, bien trabajada y abastecida todavía, se agracia bajo la sombra del labrador y se autoriza con el humilde reflejo de landronas y azarbes. ¡Largo camino ha recorrido su planta fundadora! Los encajes de Flandes, el fustán y el llantés de Alemania, los cuchillos, botones y demás embelecos de la dulce enemiga, los cambia por aceite. Estamos en 1599. Es el año de gracia con que termina un siglo. "Tras de todas las cimas hay descanso."

Nadie puede saber lo que traerá el siguiente; nadie puede saberlo. El corazón del hombre descansa en la costumbre, en la asida costumbre, como decía Fray Luis; pero la muerte no descansa. Con gran suceso y resplandor ha aparecido un libro capitaleño que tiene un nombre extraño. Se llama "La primera parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache". El título, ya lo dijimos, va a producir asombro. Pero nombrar no es cosa baladí. A través de la palabra, que nos sirvió para encontrarle, y en el nombre de Dios, que se la concediera, sostiene el hombre difícilmente su señorío sobre el mundo creado. ¿Qué nos dice este nombre? Hay, a las veces, palabras familiares cuyo contenido desconocemos. Así ocurrió con ésta; pero bien claro advertirían, los que leyeran y entendieran, que el pícaro no era un héroe como sus antecesores en la tradición literaria. El pícaro es un hombre, casi un hombre, que pretende, para acabar de serlo, contarnos su miseria. Muy sagazmente intentará justificarse con nuestra atención, y tan sólo por ella. Por la dignidad y la aspe-reza con que muestra sus lacras, se ve que es español. ¡Dios le perdone el desacierto! ¡Dios le perdone el daño y le admita en su gloria!

La vida tiende al equilibrio estable, al reposar en la costumbre; pero la muerte, ya lo dijimos, no descansa. Estamos en 1599. Unos años después, unos años reunidos, nos traerán el "Quijote". Ninguna aparición caballescaca, ni aun la suya, supera el éxito que el pícaro alcanzara. Ciertamente es que no lo entienden bien; pero de mano a mano, es decir, de nación a nación se extiende el libro, despertando alegrías. Y no es precisamente un libro alegre, de solaz y recreo. Es un grito silencioso, desgarrado, inaudito, que va llenando la soledad de España. Es la primera voz mortal, desenterrada, que aconseja y advierte. Pero quien no ha mirado con el corazón no ve con claridad, no entiende bien. Habla del hambre, del deshonor, del juego. ¿Cómo es posible hablar así en España? Es como una mirada que no tuviera su desenlace en la visión; es así, desde luego; pero ve tantas cosas nítidas, desunidas, distintas... Dice la confesión de un pueblo que ya pretende solamente descansar de vivir; la confesión de un pueblo que por comprender lo distinto, lo vario, cegó frente a lo uno. Porque vive alertado, siente decir a su alrededor: "La mar, para los peces y para los ingleses." Y lo repite sin dolor: "La mar y la mujer, de lejos se han de ver; la mujer, el trabajo y los mares, son tres males." No hay en su voz temblor alguno; no le tiente la vida, no se mueve la esperanza. El español, que hasta entonces viviera desde el peligro, va a comenzar a vivir desde el ocio. Ha transcurrido un siglo, y ya recoge el pícaro Guzmán la herencia de Amadís.

¿Qué ha pasado en España? Hace once años partió una escuadra llamada la Invencible, del puerto de Lisboa. A Inglaterra marchaba para poner las cosas en su sitio. Salvo decirse, tuvo el triste destino de no luchar con nadie, no cumplir su misión y no volver. Sin embargo, sigue abierta la mar, sigue abierta la senda innumerable, salvo el acoso aislado, y aun éste, más en flanco desguarnecido que en lugar vulnerable. Todo sigue lo mismo "en la siempre espaciosa y triste España". Hacha la paz con el francés, con el dudado francés, como le nombra Herrera, va volviendo la vista a sus problemas interiores. Saldrán mañana los moriscos que no han querido bautizarse. Y no son muchos, la verdad. Madrid, bien vale una misa.

Los galeones de la flota anual descargan en Sevilla el ámbar gris y el palo de campeche, con las perlas y el oro, piedras y bezares y cueros por labrar. Al marchar cargarán el aceite y el hierro vizcaíno, los paños de Segovia, que hacen buen año; la seda de Granada y el vino de Alanís. La Casa de la Contratación es el centro del mundo, y una torre ochavada, junto a un río, empieza a ser llamada, sin ponderación, Torre del Oro.

¿Qué ha pasado en España? En verdad, de verdad, sólo una cosa pasa: el tiempo. Y el tiempo es la agonía. No se siente la muerte en cuerpo sano, no se siente; pero está allí, dándole soledad más bien que compañía, descansando a los hombres del puro esfuerzo de vivir. La España de la Contrarreforma también vivió en el tiempo, no tanto, ciertamente, que no haya conseguido, al margen de él, confirmar sus mejores servicios; pero en el tiempo, al fin. El tiempo es lo que ya advertimos en la voz, solitaria y cansada, de Mateo Alemán. Y el tiempo es la agonía. No se siente su paso, no se siente; sólo de cuando en cuando, al descansar la vista y ensimismarse, encuentra el hombre, casi sin comprenderlo, sus huellas en la arena. El viento no borró su contorno, no esparció su orillado relieve. Aun conservan el calor del pie que las olvidara. Quedaron, en algún recodo del camino, frescas, recientes, y contemplándolas vamos pasando más y más, que después de la muerte hay merecer y el alma puede callar en el olvido. Para la vida del espíritu, el tiempo es la agonía; la muerte, en cambio, es la heredad del alma. Este primer recodo del camino español, este ensimismamiento dolorido, este primer encuentro con el tiempo, fué el libro de Alemán.

¡Bien se la advierte desde la soledad en que nos habla! Nadie puede saber lo que la mano de Dios, tan pródiga hasta ahora, va a deparar a España. Nadie puede saberlo; pero luego vendrán los aventadores, los prudentes, los advertidos, que en su propia salud verán su enfermedad. No lleva el viento el grano, cierto es; pero le hace vacilar en su ruta, y aun si acrece, dispersar su descanso. Con el hombre, además, la cosa aun es más fácil, porque vivir, al español, no le es preciso; morir, en cambio, necesario le es. Este libro o atalaya de la vida humana, desde la cual se ven las cosas tan pequeñas; este libro de raíz amarga, tan sucesivo y espejeante, tan igual y tan vario, ha dicho una palabra nueva. Nadie la escucha, nadie la entiende todavía. No pueden atenderla. La acción, también, es una suerte de ensimismamiento, y el único, además, que ha conocido España. No pueden atender. "El opio de la acción", dirán más tarde los escarmentados, los que ni aun se atrevieron a querer. Salvo decirse, la verdad siempre es una, y ¡es siempre tan sencilla! Al descansar la vista sobre nosotros nos extranjerizamos los españoles. El descanso nos enajena y da cuidado; el combate nos ensimisma y da cordura. ¡Dios nos brinde la mano que nos ciega, la mano nazarena y obradora que nos lleve al camino! Pero estamos en 1599 y España sigue ensimismada todavía por la gracia de Dios. Nadie encuentra dentro de sí la inanidad de la palabra que nos trajo este libro. Unos años más tarde, sin embargo, dirá Quevedo su lección: "Estoy enfermo; ¿cuándo no lo estuve?, pues en mi propia salud tengo mal de muerte. Estoy enfermo; después que el pecado enfermó la Naturaleza, mi propia naturaleza enferma y yo soy una enfermedad viva. Estoy enfermo; esto es decir: estoy hombre."

Esta es la verdadera enfermedad de todo bien pasajero y mudable. "Pero lo nuestro es pasar"; lo nuestro y lo de todos, como dijo el poeta. La angustia humana es una determinación del ser. "Descansar para llorar", dice un refrán de entonces, desligando la angustia de lo mudable y contingente. Descansar para llorar, que el tiempo es la agonía. Esta es la verdadera enfermedad que padecemos, y, por muy vigilante que esté el hombre, sólo advierte una cosa: la certidumbre de su paso. El nos va desnudando el alma, como el otoño desnuda la copa del almeiz; va cegando los ojos frente a la luz, frente al color, y, habitándolos con memorias perdidas, va enterrando la carne, quitándola esplendor,

que en el mentido bien consiste el daño.

El encuentro del tiempo la ha traído una palabra sola, una palabra descarnada que dice el libro de Alemán; una palabra que ya hemos perdonado, porque la muerte todo lo embellece, la muerte todo lo recrea. Ella nos ha dejado la sangre rota y sin latido. Es la palabra desengaño.

EL MUSEO ARQUEOLOGICO PROVINCIAL DE LUGO

Por J. TRAPERO PARDO

CONTRA UN CONCEPTO VULGAR

MUSEO Provincial, en el vulgar sentir, vale por hacinamiento de viejos objetos, por almacén de anticuario y por polvoriento desván donde dormita algún conserje ocioso y donde, de cuando en vez, irrumpen los agentes de la Autoridad para examinar el lugar donde se hallaba algún objeto de arte misteriosamente desaparecido...

Lugo posee un Museo Arqueológico Provincial.

Luminoso, amplio, alegre y con las seguridades que exige el valor de las obras que allí se guardan.

Lugo ha sabido, en pocos años, enfrentarse al concepto vulgar y poseer un Museo que es, primero, sorpresa grata, y luego, remanso tranquilo para los peregrinos del arte.

LAS PIEDRAS QUE VIVEN

"Lucus Augusta", que se ajusta con sólido cinturón de murallas, conoció un día el esplendor romano. Y poseyó Foro, y tuvo templos, y albergó cuarteles, y presencié el paso de las legiones salidas de la Brittonia lucense, primeras falanges provinciales que, brazo en alto, saludaban a las estatuas de los Césares.

De aquel mundo lejano, con sus grandezas y con sus miserias, quedó grabado el recuerdo en las piedras de este Museo de Lugo, piedras que hablan y viven ante los ojos del estudioso. Ellas nos hablan de legados del César, de "extabellarios", de "veciferarios", de soldados que cumplían el voto hecho a algún Dios del panteón romano o indígena. Y en ellas queda el recuerdo de dos hermanos que un día de los idus de junio morían asesinados. Y el de aquella Julia Flacilla, la doncella lucense que a los dieciocho años de edad se extinguía en Lugo, víctima de no sabemos qué fatal morbo...

Y viven también las piedras medievales, austeras, cubiertas de sepulcros, y las piedras renacentistas y góticas de los sepulcros de poderosos abades monfortinos o de inquietos hidalgos gallegos, cuyas efigies, pulidas o toscas, son exponentes de una raza y de una idea.



"Piedad", talla en madera, original de Torre Isunza



Estatua sedente en piedra: "El Salvador", siglo XII



Escultura en madera policromada, original de Francisco Asorcy



"Torso", escultura en mármol, original de Otero



"Saliedo del baño", escultura en mármol, original de Pérez Comendador

Y adquieren vida también las sencillas insculturas célticas, y las inscripciones góticas, y los blasones barrocos bajo cuyos retorcidos lambrequines asoman su cabeza los animales heráldicos de Moscoso, Mosqueras, Quirogas. etc. o trazan su geometría los roeles de los Castros o las cruces de los Ribadeneyras.

COLOR Y LUZ, MATERIA Y FORMA

Luz en las salas de este Museo. Y luz en los cuadros. Luz y color. Que se hace misterio en los dos Grecos. Y se hace carne joven en aquel Madrazo. O paz en las marinas de Meifrent. O contraste vivo en la policromía de Cruz Herrera.

Y hay la luz y color, sometidos a académicos cánones, en estos cuadritos del pintor lucense Leopoldo Villaamil, cuyo arte culmina en su propio retrato: un rostro de iluminado, en cuyas mejillas hay las rosas escarlata de los enfermos pulmonares, mientras bajo la piel de la frente, aun joven, parece adivinarse la danza térmica de las décimas fatales en la sinfonía de la fiebre...

Luz y color. Y materia y forma... "Piedad", de Torre Isunza. Mármoles en los que Pérez Comendador plasmó la carne juvenil. Granito lucense, convertido en severas figuras del Salvador. Y bronces... E incluso la arcilla de las vasijas griegas o de los crimatorios romanos.

Materia y forma, que se hace ascetismo y renunciación en el San Francisco, de Asorey, entornando sus ojos y abriendo sus brazos en éxtasis de transverberación, mientras el "hermano lobo" humilla su cerviz, vencida por el influjo del pobrecito de Asís.

CUANDO GOYA PINTABA...

Dice la tradición que don Francisco de Goya, por mor de vaivenes políticos, tuvo que trocar un día la fecunda actividad de su Estudio por el retiro plácido del Palacio de los Ibáñez, en Sargadelos, que se reclina en una loma asomada al Cantábrico vecino. Y la tradición agrega que don Francisco distraía sus ocios en aquel retiro moviendo sus pinceles de magia para ornar merenderos o decorar iglesias aldeanas...

Por aquella época, la Real Fábrica de Sargadelos poblaba los mercados con sus obras de cerámica, plenas de dibujos y de matices hasta ahora no igualados.

El Museo Provincial de Lugo tenía la obligación de ser exponente de aquella desaparecida industria lucense. Y hoy, tras las vitrinas de sus salas, el Museo se enorgullece de exhibir una colección espléndida, que desde el "bote" de farmacia llega al cenicero estilizado, pasando por los platos, fuentes, salseros, escribanías, etcétera, ornados con vistas de ciudades gallegas, de pueblos cubanos, de escenas del "Quijote", de plácidos paisajes aldeanos, donde una robusta labradora ordeña la vaca paciente y mansa...

(Continúa en la página 59)



"Aldeana gallega". cuadro original del pintor lucense Leopoldo Villaamil

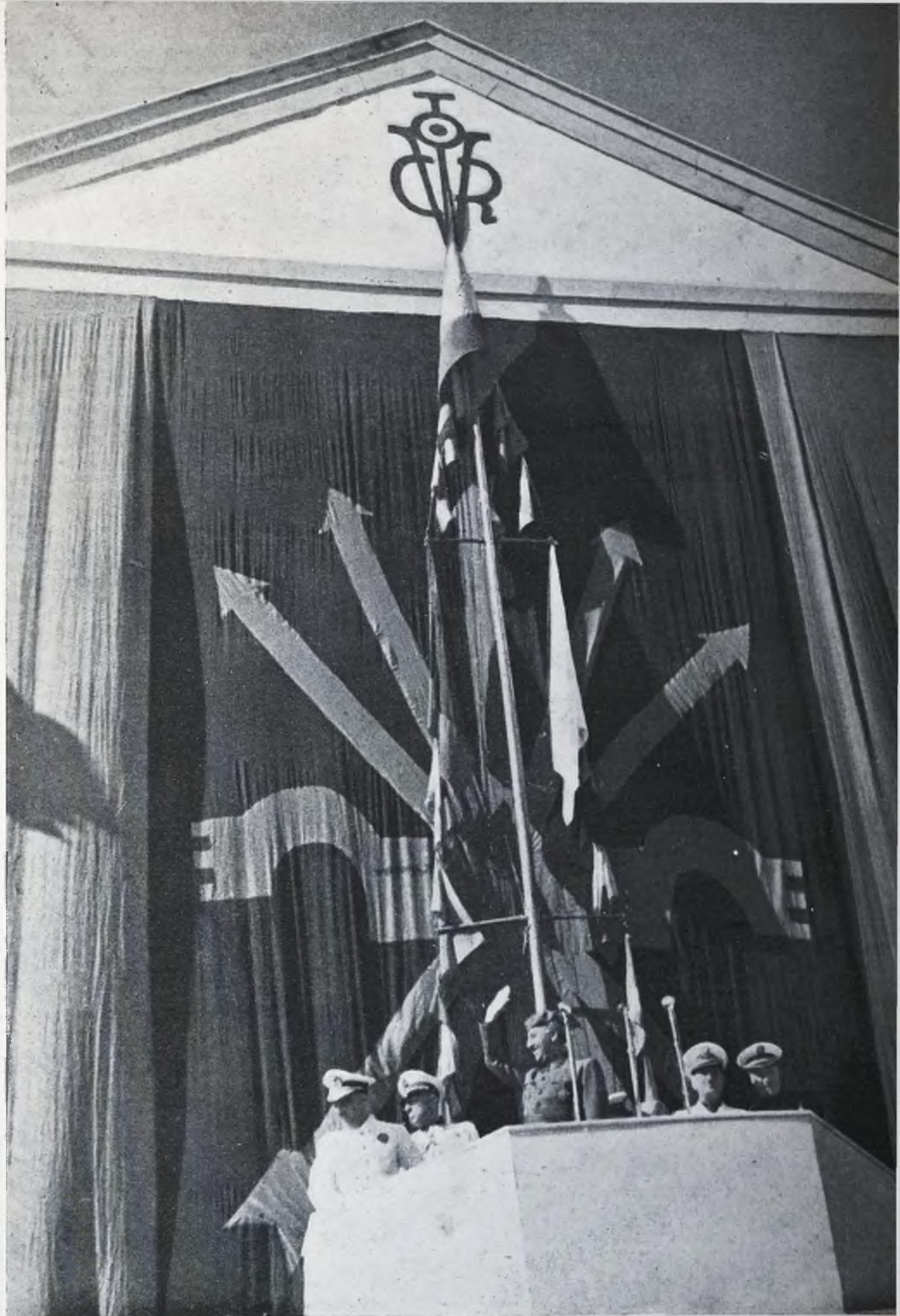




FRANCO

en

GALICIA

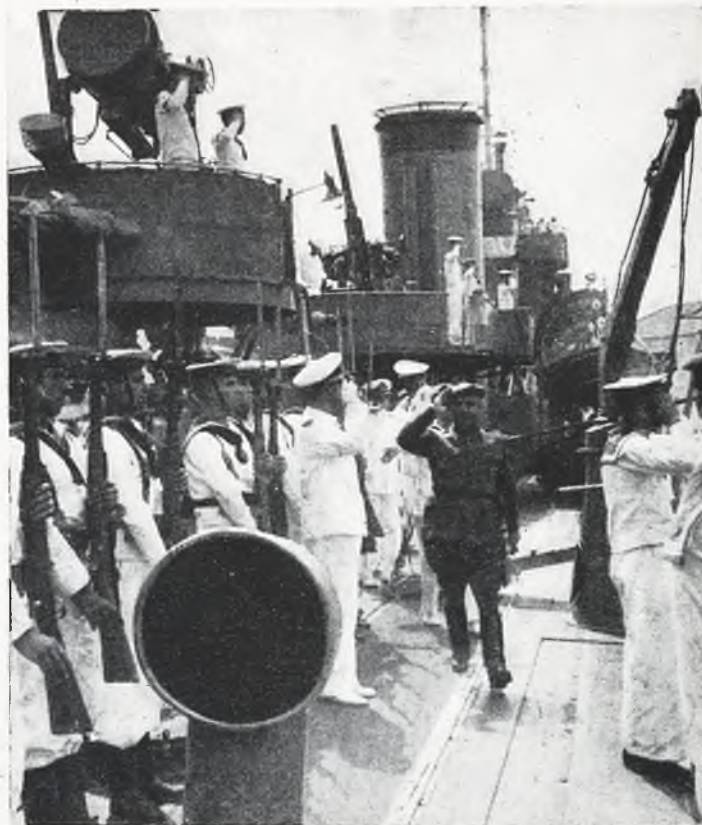
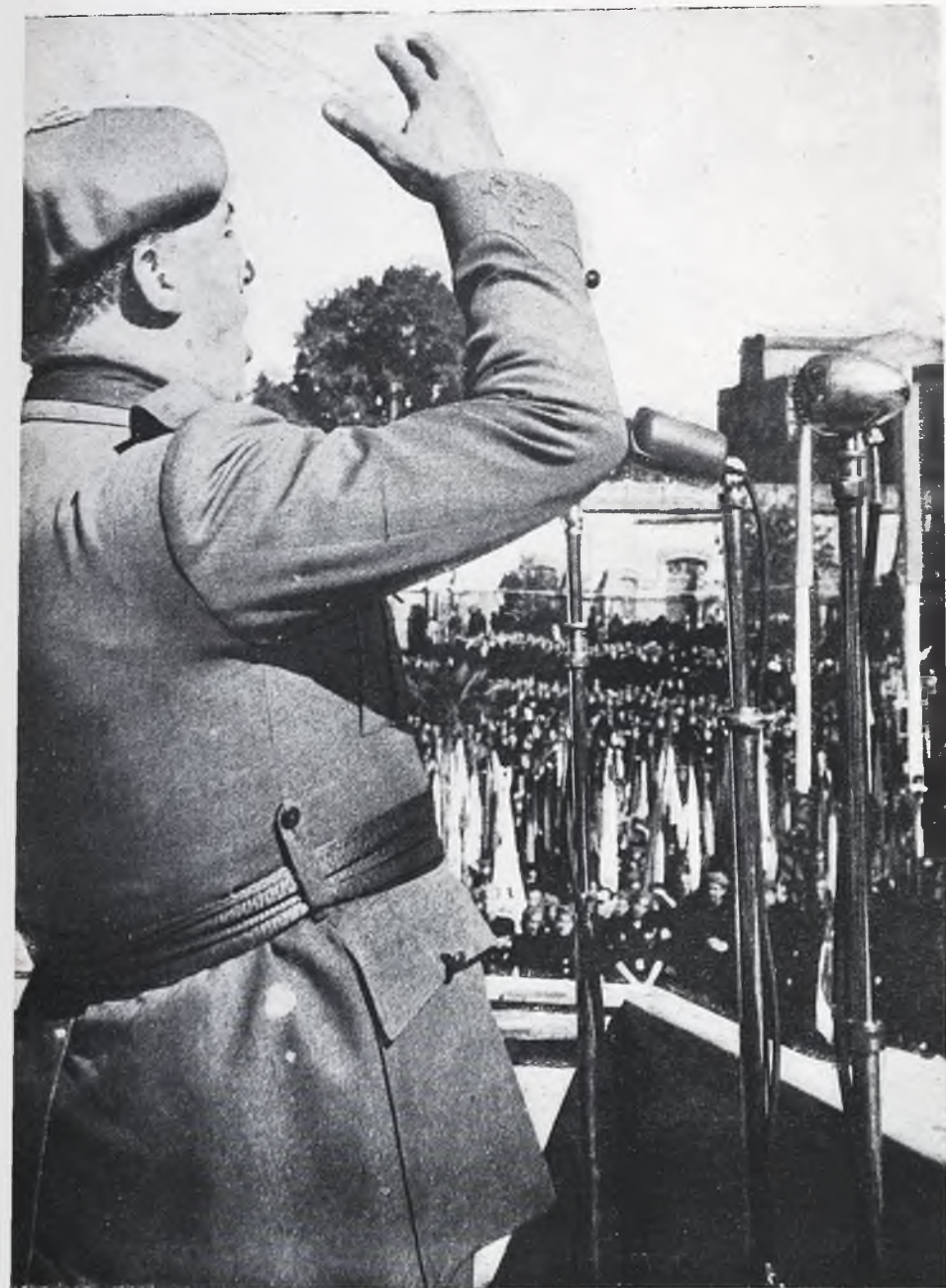


GALICIA HA ACOGIDO CON INUSITADO FERVOR LA PRESENCIA DEL CAUDILLO. DURANTE SU VIAJE, FRANCO—A QUIEN ACOMPAÑABA EL MINISTRO SECRETARIO GENERAL DEL PARTIDO—HA RECIBIDO EL EMOCIONADO HOMENAJE DE UNA MULTITUD QUE INVOCABA SU NOMBRE ENTRE INCESANTES ACLAMACIONES.

VIGO, Y, MAS TARDE, LUGO Y LA CORUÑA HAN RECIBIDO COMO HUESPED AL GENERALISIMO, QUIEN, EN ESTAS CIUDADES, CON PALABRA FIRME Y ALENTADORA, HA EXPRESADO UNA VEZ MAS SU CONFIANZA EN EL PORVENIR DE LA PATRIA Y SU ESPERANZA EN UNA ESPAÑA GRANDE, SUSTENTADA POR LOS PILARES BASICOS PARA SU EXISTENCIA: EL EJERCITO Y LA FALANGE.

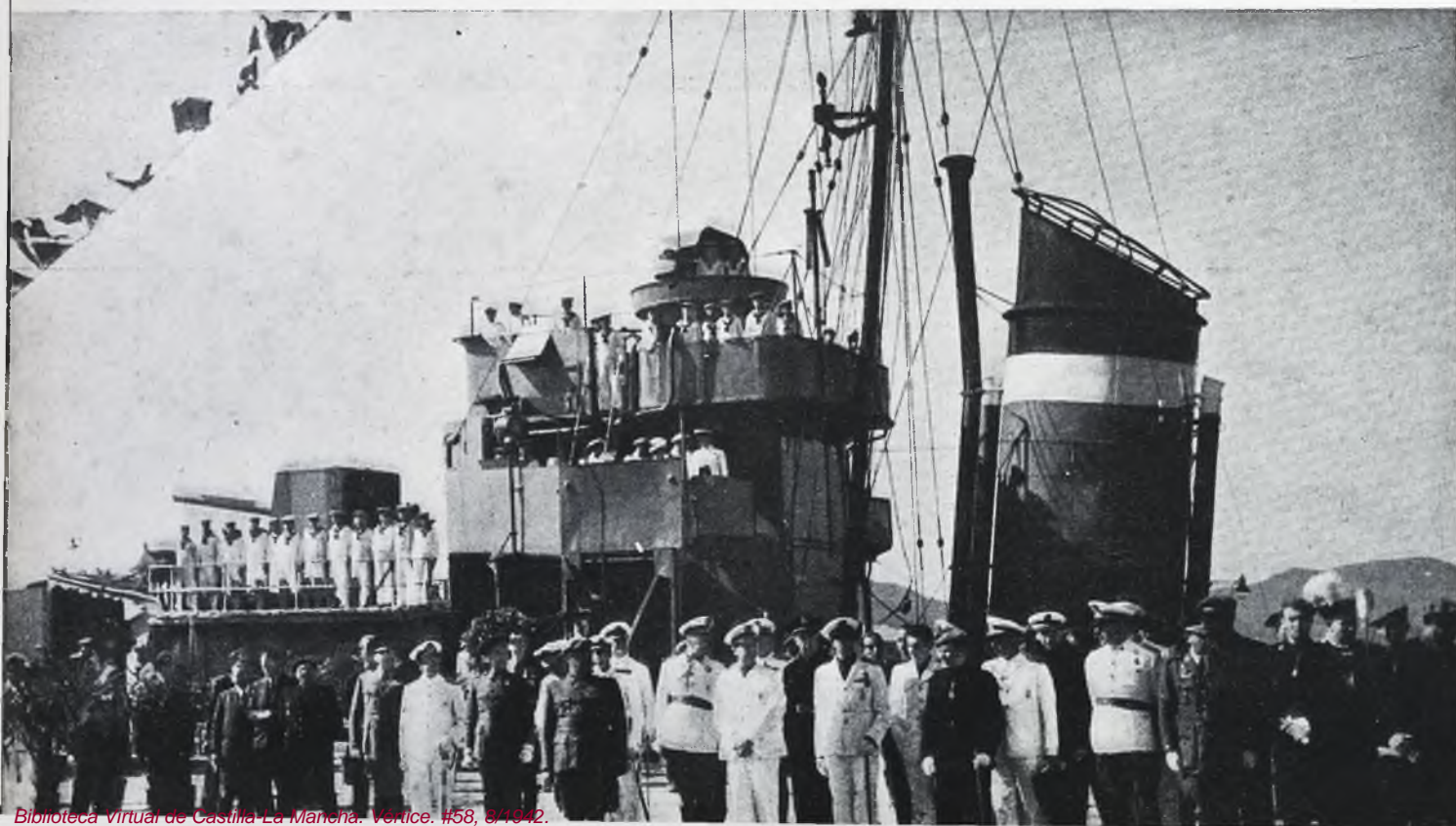
ESPAÑA ENTERA HA SEGUIDO CON JUBILO ESTE MEMORABLE VIAJE DEL JEFE DEL ESTADO, HACIENDOSE ECO DE LAS SINCERAS MUESTRAS DE ADMIRACION Y AFECTO DE QUE HA SIDO OBJETO.

Galicia recibe con emoción la visita de su Excel



Antes de desembarcar, Franco pasa revista a la tripulación del destructor, formada sobre cubierta

Franco, en un momento de uno de los memorables y trascendentales discursos que pronunció durante su visita a Galicia



A su llegada a Vigo, el Generalísimo presencia el desfile de las tropas que le rindieron honores

n y entusiasmo inenarrable encia el Generalísimo



La esposa de S. E. el Generalísimo, presenciando un desfile



La Falange, formada, escucha en Vigo la palabra de su Jefe Nacional

El Caudillo y el Ministro Secretario general del Partido, a bordo del "Almirante Valdés"



Los productores, a su paso por la tribuna, saludan brazo en alto y vitorean al Caudillo

El viaje del Generalísimo a Galicia



El Caudillo y el Ministro Secretario general del Partido presencian en Lugo el desfile de típicas rondallas



Su Excelencia el Jefe del Estado, durante el histórico discurso que pronunció en La Coruña



El Ejército desfila marcialmente ante el Generalísimo



La Falange pasa, en correcta formación, ante el Jefe Nacional



Franco pasa revista a las Centurias del S. E. U.



Excelentísimo Sr. D. Francisco Gómez Jordana y Sousa, Ministro de Asuntos Exteriores



El nuevo Ministro del Ejército, general Ascensio Cabanillas



Camarada Blas Pérez González, Ministro de la Gobernación



Camarada Manuel Mora de Figueroa, Vicesecretario general del Partido

El Caudillo de España, Generalísimo de los Ejércitos, Jefe Nacional de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., asume la Presidencia de la Junta Política



El nuevo Ministro del Ejército, general Ascensio, prestando juramento

El Teniente General Gómez Jordana, Ministro de Asuntos Exteriores; el General Ascensio, Ministro del Ejército; el Delegado Nacional de Justicia y Derecho, Blas Pérez, Ministro de la Gobernación; Mora Figueroa, nuevo Vicesecretario general del Movimiento



Los Ministros del Ejército y de Agricultura, en la presidencia de la solemne función religiosa celebrada en la iglesia de las Comendadoras con ocasión de la festividad de Santiago, Patrón del Arma de Caballería



Don Domingo de Guzmán Lacalle, que ha sido designado para ocupar el cargo de subsecretario de Justicia



Los miembros del I Consejo Nacional de las Falanges del Mar, durante la visita que hicieron al Ministro Secretario general del Partido, camarada Arrese



Los Ministros Secretario general y de la Gobernación presidieron el acto de la entrega de los despachos a los nuevos alféreces del Cuerpo de Policía Armada.—El coronel Galarza entrega los despachos a los nuevos oficiales



Entrega de los despachos a los nuevos oficiales de Policía Armada.—Fuerzas del Cuerpo de Policía Armada desfilan ante las autoridades



Ha sido designado para ocupar el cargo de inspector de instructores nacionales del Frente de Juventudes el coronel Ceano. — El delegado nacional del Frente de Juventudes, camarada Elola, en el acto de dar posesión de su cargo al coronel Ceano, ante los alumnos de la Escuela Nacional de Mandos "José Antonio"



Don José María Sentís Simeón, que ha sido nombrado Director general de Prisiones



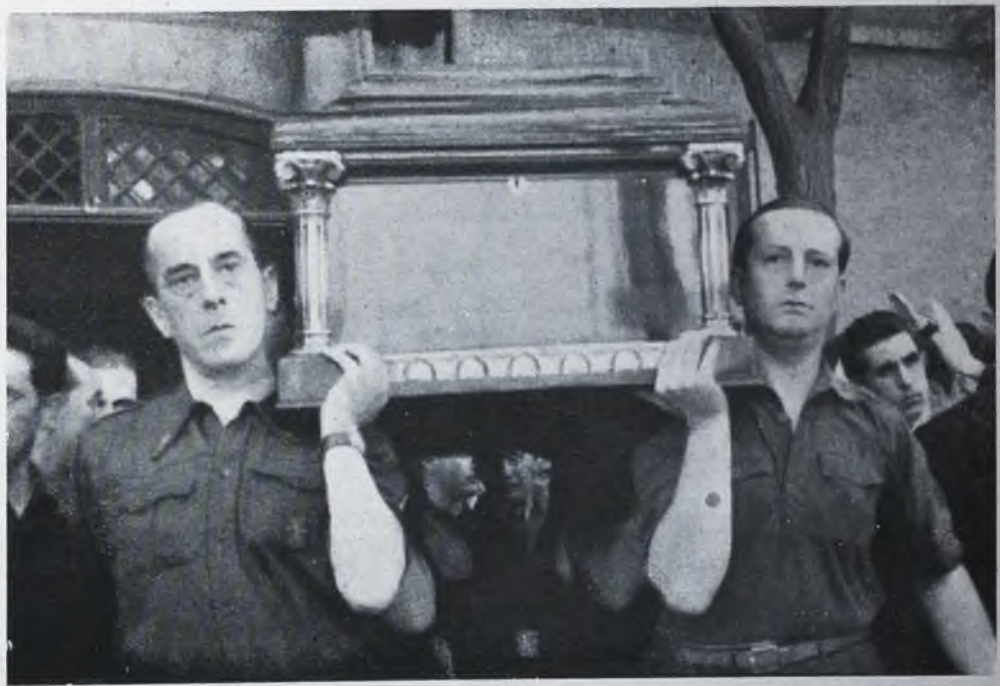
Don Luis Ortiz Muñoz, nuevo Director general de Enseñanza Media



Víctima de fatal accidente, falleció el camarada Ramón García-Noblejas Brunet, último representante de una estirpe de héroes.—Los Ministros Secretario general y de Industria presidieron, acompañados de otras altas representaciones del Estado y de la Falange, el entierro del inolvidable camarada



El entierro de Ramón García-Noblejas. — Una gran manifestación de duelo siguió al cadáver a su paso por las calles de la capital



El entierro de Ramón García-Noblejas.—El féretro sale de la Jefatura Provincial del Movimiento a hombros de camaradas de la Vieja Guardia madrileña

ALEMANIA

Una ametralladora alemana, en el sector del Don, haciendo fuego contra el enemigo

Un grupo de prisioneros rojos espera, en los dilatados trigales ucranianos, el momento de ser transportado a un campo de concentración



Tropas del Ejército del Reich entran en Maikop, uno de los más importantes centros petrolíferos del Cáucaso



Los tanques alemanes inician, de madrugada, el victorioso avance en la región de Kubán





Tropas de Caballería del Cuerpo expedicionario en Rusia, en una descubierta

I T A L I A



Soldados italianos operando con lanzallamas para desalojar a los rusos



Llegada de un convoy a un puerto del Africa septentrional



Unidades italianas de carros se dirigen al frente de Egipto

INGLATERRA



Mister Antony Eden, en el acto inaugural del nuevo Instituto Belga de Londres



La reina madre de Inglaterra, que acaba de cumplir setenta y cinco años, ayuda a los soldados en su cometido de cortar leña



El mariscal de campo conde de Cavan, durante una visita a la Sección de Carros Armados del Irish Guards



El duque de Gloucester, durante la recepción dada en su honor en El Cairo, habla con el doctor Nimr, propietario de uno de los principales diarios egipcios



El duque de Gloucester, durante su reciente visita a Egipto, saluda a algunos oficiales y mujeres del Servicio Auxiliar británico pertenecientes al VIII Cuerpo de Ejército

GALICIA LEJANA...

(Viene de la página 26)

y en la de Pontevedra, de arrabales de la capital. Descreídos a conciencia, católicos a lo libre, pero devotos de santos, de oraciones y de abades. Nadie paga como ellos espléndidamente las misas, ni encomienda tantas por sus difuntos, ni manda respuestas porque Dios les dé santo descanso, ni celebra tan buenos yantares con los curas, por las fiestas, y en algunos lugares—en el norte de la provincia de Lugo yo lo viví—delante de la cara misma de los muertos...

Y si no viene en plan regalón, cubierto de harapos le veréis llegar: por la revuelta del camino pimpante, alegre, trayendo entre dientes una vieja canción. De vez en cuando se abraza a su buena bota de *riberrío* y la saluda, como a hija que mucho tiempo no se vió con largos tragos—como besos—. Y relame después los labios gordezuelos con sibaritismo para ponerse seguidamente a mendigar con impertinencia—a lo español—una limosna pequeña, *pequerrechita*, por las almas de los difuntos, por la salud de los vivos.

Era un ambiente que todavía malditas ideas europeizantes no estropearon. Citaban a unos y a otros por sus nombres, y rezaban por ellos una breve oración; ellos, los que traían sobre el cuello un diente de perro, o de burro, amuleto contra brujas, por si no bastara la gracia de Dios... O truhanes hacían el juego, y de gancho, a cualquier habilidoso que arrancaba a la baraja cartas cuando y donde le convenían con arte tal que había solterillas desperdigadas que pensaban ganarse el cielo en una hora y cambiar cuatro pesetas por un buen duro de plata.

¡Ay! De la que caía, o de la que daban en decir que estaba embrujada, echaban mano y la llevaban a besar los pies del santo—San Campio o Santa Justa—. Se revolvió, mas a nadie le importaba. No hay endiablado que así no se resista al bien, y haciendo caso omiso de sus gritos, de sus esfuerzos por librarse de los brazos hercúleos, de los empujones y bofetadas que, a veces, lograba atizar, iba sin que quisiera, mal de su grado... Pero es bueno también dominar por las bravas a la yegüecilla que no quiere mear el freno...

¡Jesús! Otro tanto le pasaba al que le anunciaban—antes de que lo supiese—que al camino, cuando iba a visitar a la moza y a perder con ella la noche en larga cháchara hasta el amanecer, le saldrían las benditas ánimas. El capaz era de jurar y perjurarse que tales cosas no le sucedían. Que no le llegasen a suceder difícil era afirmarlo, porque a otros les acontecía... pero si podía más el amor que el miedo supersticioso, veníanle al encuentro crabanadas, y de la paliza que le daban le dejaban molidos los huesos y bien acardenaladas las carnes... Es altanería eso del amor.

V

Mas todo cambiábase en amabilidades cuando la fiesta de Santiago y, por imitarle, se iba a su tumba, peregrinando como él peregrinara, con hábitos raídos y conchas en la esclavina. No como de Finisterre se iba con algazara a San Andrés de Teixidó. A pie desde el Cabo hasta cerca de Ferrol, por pajares acogedores que servían de hotel a hombres, mujeres, mozos y mozas, comiendo de lo que daban los vecinos y ayudaba Dios...

Es y era lo mejor del mundo haberse sentido compañero del buen apóstol, sereno, campechano y firme, amable en todo tiempo y cariñoso en los arduos en que nunca nos faltó. Abrazarle como si se tratase de un viejo amigo. De vuelta a Compostela, ¿quién no le visita? Y parece que espera, en amplio regazo, compartir los buenos tiempos, tanto con los truchimanes, que le tuvieron otrora asediado en la iglesia a él y al arzobispo—porque no es nada rencoroso—, como con las razas de Castros, de que vino don Pedro Fernández, el de la Guerra y los que le siguieron, y Andrades, Sotomayor, Moscoso, etc... Caballeros de su orden, maestros de hazañas, dígalos don Payo Correa; petrucios de casas grandes, hombres de pequeña, menestrales, pícaros, y sabe Dios qué. Toda la Galicia brava, incluso esa viejecita hospiciana que no se encontraba en la reglamentada ordenación, ni entre los mimos cuidados, y se volvió con sus ochenta años sobre las costillas al viejo chozo, sorda como una tapia, a esperar que le llevase Dios con su apóstol, y mientras tanto vivir y ver apenas el herbazal verdoso, la tierra morena, la novilla mansa, el cuervo agorero, la urraca chillona, el gavilán señoril entre su corrillo de piadores vencejos, la rara oropéndola, el halcón madrigado que aterroriza a la gallina y a sus polluelos, el chuchito canelo, el rapaz de la vecina—gaitero de calzón corto—, el maíz en granos... Tanto bien de Dios que ni en la cabeza le cabía ni su lengua acertaba enumerarlo. Que es así. ¡Tiene muchos siglos la tierra sobre el alma!

CUATRO AUTORES

(Viene de la página 39)

De este cuadrilátero romántico americano es Moltalvo, sin duda, el de pensamiento más sólido, el de estructura más recia y el de pluma más fuerte. Es doloroso que, por premura de espacio y de tiempo, no podamos entrar en esa selva filosófica y humana de su libro "Los siete tratados", maraña de temas estéticos y metafísicos, analizados con penetrante donosura, con aguda visión del mundo, con cordial impresión evangélica y con arte consumado de escritor. Su prosa es concisa y densa, saturada con las más puras esencias del idioma, que aprendió bien en comercio frecuente con los libros máximos de Cervantes, Quevedo y Gracián, a cuya agudeza y conocimiento de los hombres se acerca poderosamente Moltalvo. De esa frecuentación con los clásicos surgió su famoso ensayo: "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes", "imitación de un libro inimitable", como él mismo dice. Esta obra nos prueba la inminente madurez del secreto americano y su indisoluble vinculación hispánica. En sus playas germinaba la potente semilla—fecunda, civilizadora y eterna—; un hijo devolvía en libro magistral a la madre, el legado estupendo de su lengua, tratando de imitar—y a fe que a veces lo consigue con inaudita fuerza—la obra suprema de gracia y genio, escrita en la lengua común de los pueblos hispánicos.

Y triste y desterrado, joven aun, Moltalvo apagó sus fuegos en París, en 1889, cuando ya la América, su América, comenzaba a ser flor en promesa brillante y copiosa de fruto.

EL PEREGRINO Y LA TITIRITERA

(Viene de la página 43)

el suelo, se hace pedazos. Y el jefe sentencia: "Cuando estos trozos se junten, os separaréis vosotros". Y la novia y el novio se encienden como dos claveles.

Mónica asciende en embeleso. El peregrino da la bendición a los presentes. Afianza el sombrero, requiere el cayado y sonríe a Mónica. Miss Julieta quiere seguir al viajero. Pero éste la detiene con un gesto místico y suave, mientras la dice, extendida hacia ella su mano larga y señorial:

—Llevamos dos rutas distintas que, para siempre, formarán una Cruz—y, finalmente, a manera de colofón, concreta:

—Karikal ha de vengarme. Bajo esa capa, como una llama, tú no ves, hermana, el rescoldo de sus intenciones.

EL MUSEO ARQUEOLOGICO PROVINCIAL DE LUGO

(Viene de la página 46)

AYER Y HOY

El Museo Provincial de Lugo pretende ser resumen del ayer para ser visto y estudiado por el público de hoy. Por eso recoge todo aquello que sirve para conocer el arte, la cultura y las costumbres de otros tiempos.

Y así abren la pompa de su "campo" los abanicos de la época romántica, y los vargueños dieciochescos celan sus secretos tras los herrajes de su cubierta, y las sillas de mano parecen esperar las damas que ha de ocuparlas... La vieja "zanfoña" gallega duerme callada al lado de una primitiva siringa aldeana, y más allá las fiblas y torques célticos retuercen su ingenua decoración al lado de una oxidada "falcata" o de un sílex que sirvió de punta de flecha.

Armas de ayer, que si hacen sonreír al visitante, tuvieron un día el mismo prestigio de que gozan hoy las armas más perfeccionadas... Aparatosas arracadas de plata sobredorada. Guardapellos en forma de corazón e historiadas tabaqueras. Cofres de hierro, de complicado mecanismo... Y esmaltes de Limoges, y rucas de cedro y marfil, y espectaculares relojes, que midieron tiempos y pasiones, que los vivos no hemos alcanzado a ver ni sentir, ni acaso comprender...

INVITACION

Viajero que buscas la emoción del Arte:

El Museo Arqueológico Provincial de Lugo te abre sus puertas. A tu paso no celará ni sus piedras, ni sus pinturas, ni sus colecciones de numismática, ni sus tallas, ni sus pergaminos.

Detén tu paso, viajero, en las salas de este Museo.

Ellas serán goce para tu afán de saber, y deleite para tus ansias de contemplar bellezas pretéritas. Y en ellas podrás dejar vagar tu espíritu por entre las piedras coronadas por las invocaciones de los manes de los hijos del Lacio. Y podrás comprender que Lugo ha sabido, en pocos años, enfrentarse al concepto vulgar, que traduce por Museo un hacinamiento de viejos objetos, al lado de los cuales dormita un conserje ocioso.

E L F A N T A S M A

(Viene de la página 35)

Y Rosina ve contrariada, descontenta, cómo el abuelo la espanta los pretendientes. Se los espanta sin darse cuenta, desde la cumbre helada de sus muchos años, que la tiene presa en cárcel de oro, entre brocados y diamantes, sin libertad y sin alegría, asfixiada bajo el peso del ducado y la tradición de la casta.

Mensaje

Al día siguiente de la visita del conde, Rosina salió a dar su acostumbrado paseo a caballo, y apenas hubo recorrido cien pasos cuando surgió ante ella, con brusca aparición gallarda, el jinete de los pasados días.

La sorpresa inmovilizó unos instantes a la bella amazona, que instintivamente hubo de enfrenar las riendas deteniendo su cabalgadura; pero antes de que pudiera reponerse de la emoción, el osado jinete picó espuelas, llegó hasta ella misma, y con rápido ademán dejó en el arzón de su caballo prendida una carta, desapareciendo después entre la arboleda. Decía así el mensaje:

“El dueño de estos bosques, vuestro venerable abuelo, sé que es el carcelero más cruel que haber pueda en el mundo. Vos, en cambio, con dulces ojos de estrellas azules, sois el pájaro de oro enjaulado y más propicio al vuelo apenas deje un resquicio la puercecilla de la jaula. Y yo, señora, deliciosa niña, soy ese auténtico príncipe que no espera el señor duque, o un mortal cualquiera sin oro y sin aureola. Pero en uno o en otro caso, el admirador más rendido de vuestras gracias exquisitas.

Esta misma tarde, y antes que el sol se ponga, pues que quiero sea testigo de mi dicha, con la venia del señor duque, llegaré hasta la puerta misma de vuestro palacio. Puede ocurrir que, enojada y con razón por la insolencia de este aviso, deis orden a vuestros criados para que me apaleen. Pero puede ocurrir también—que en este mundo todo es posible—que acudáis a mi cita, no porque yo merezca ventura semejante, sino por... simple curiosidad. ¡Ah, la curiosidad: puerta de oro del alma femenina! En el segundo caso, como habríamos de hablar mucho, a buen seguro que llegaríamos a entendernos.

Duquesita y señora; hasta luego, o hasta nunca. Separa nuestras vidas o la eternidad—luego del palizón de vuestros criados—o las débiles puertas de estas horas que faltan para que el sol se ponga.

Con la venia del señor duque, os besa los pies, “El Caballero intruso del bosque.”

La lectura de esta carta encendió las mejillas de Rosina en la más viva indignación. Como el propio autor confesaba de antemano, era insolente, y ella, por su cuenta, añadía que era además fatua y antipática. Este caballero se atrevía a todo: a allanar los dominios ajenos, a escribirle en un tono zumbón inadmisiblemente, a darla una cita, a ocultar su verdadera condición, dejándola en la duda de si se trataba de un perdonado o un príncipe de veras.

Tendió la mirada en todas direcciones para fulminarla, ofendida, sobre el extraño caballero; pero la arboleda se lo había tragado ya. No le cupo entonces determinación más honrosa que volver grupas y meterse en casa, irritada y mohina.

Se encerró en la biblioteca y se pasó dos horas sacando y metiendo libros, leyendo media docena de líneas apenas en cada uno de ellos, sin encontrar lo que buscaba, si es que buscaba algo. Luego, presa de la misma nerviosidad, almorzó desafortadamente, con asombro de la servidumbre y del propio abuelo. Por último, finado el almuerzo, encerró en su gabinete, cogió la malhadada carta para hacerla mil pedazos y... se puso a leerla otra vez. “Quiero convencerme de que es de veras indignante, de que no estoy ofuscada.”

La segunda lectura corroboró en todas sus partes el juicio severísimo que formuló la primera vez.

Al ponerse el sol

Como el tiempo todo lo amansa, bastaron unas horas para que la indignación de Rosina fuera suavizándose hasta desaparecer absorbida por la natural bondad de la futura duquesita. La reflexión serena por un lado, y por otro la indulgencia femenina, tan fácil en achaques de amor, completaron la obra de reparación, y la carta del desconocido caballero fué considerada a última hora de la tarde como una de tantas cartas en las que el amor llora, ríe, suplica, burla, amenaza, promete, discreto o indiscreto, razonable o loco... en resumen igual para el objeto que pretende: enamorar y atraer.

Y como quiera también que lo mismo atrae lo cierto que lo dudoso, y acaso aun más lo dudoso que lo cierto, y en la famosa carta había un punto importantísimo que descubrir o discutir, que era el de la verdadera personalidad de su autor, Rosina mostró gran empeño en aclararlo. Por algo el desenfadado caballero había llamado “puerta de oro” a la curiosidad femenina.

Y luego..., era tan gallardo el mozo (bien pudo apreciarlo al acercarse a ella para prender la carta), que valía la pena, fuese quien fuese, de disertar un poco acerca de cualquier tema: por

ejemplo, el amor. ¡Se sentía tan aburrida y sola la futura duquesa!

Y, por último, esos postreros momentos de la tarde—tarde de mayo, por cierto—en que la luz del sol se hace tan débil y tan suave frente a la arboleda, y es la hora de los suspiros... Todo se concitaba en torno de ella para obligarla a acudir a la cita.

Y acudió puntual, antes que el sol se pusiese, toda timidez y toda audacia al salir del zaguán y avanzar por la senda donde ya esperaba el caballero.

Larga fué la entrevista. Y en ella quedaron aclarados los dos puntos principales: quién era él—que no era otro que el joven y poderoso marqués de Mardomingo, a cuyos oídos hubo de llegar la fama de la hermosura de Rosina—y por qué ella y él se hallaban juntos y platicando desde hacía una hora; pues, porque se amaban... desde hacía mucho tiempo; que así el viejo Amor obra todos los días el mismo milagro de renacer en cada corazón de veinte años, y siempre es viejo y siempre es nuevo...

Al ponerse el sol, Rosina quiso a su vez poner punto a la deliciosa plática. Despidióse una y otra vez de su caballero, pero éste, con persistencia disculpable en semejante materia, la seguía los pasos, y de esta suerte hubieron de llegar hasta el zaguán. Allí tuvo lugar la despedida definitiva; las manos se trenzaron temblorosas y el joven marqués, llevado de su natural audacia, y esta vez también sin la venia del señor duque, prendió la carita de Rosina y la besó en la boca...

El fantasma

Fué el galán rápido, y Rosina quedó, sola, inmóvil, extática, llenos los labios de la miel de aquel beso. En lo alto de la escalinata apareció ama Isabel.

—¡Rosina!

Como despertando de un sueño feliz, pasándose la mano por los ojos, Rosina murmuró:

—¿Qué quieres?

—Niña mía, una grave noticia. Ven, ven en seguida... El señor duque... Ha sido cosa de un minuto, un relámpago..., no pude venir a avisarte... Llamó, acudí en seguida..., dijo que se ahogaba..., y en un minuto, en un instante...

—¿Qué dices, ama?

—Ven, ven a verlo... Pero—añadió ama Isabel, descendiendo por la escalinata. ¿Pero qué es esto, niña mía? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Alguien vino? ¿Alguien se fué? ¿Qué ha pasado?

—Nada, ama. Nada pasó.

—¡Imposible! ¿A nadie viste? ¡Por mi alma, que algún fantasma pisó estos guijos, pisó este zaguán! ¿No sientes cómo huele el aire?

—El aire..., ¿dices?

—El aire, sí... ¿No sientes cómo huele a rosas, a rosas recién abiertas? ¡Y aquí no hay flores, no hay jardín!

Rosina, como una sonámbula aun, dulcemente, suspiró más que dijo:

—Sí..., tienes razón..., huele a rosas, ¡huele a rosas! Yo creí que era cosa mía, pero veo que tú también lo has percibido. ¡Huele a rosas!

—Algún fantasma, no lo dudes. Algunos dejan a su paso un rastro de azufre, como el diablo; otros, un rastro de perfume..., como este... Pero ven, sube... ¡El señor duque ha muerto!

Liberación

¡El abuelo muerto! El abuelo querido, con el que hubo de pasar la vida entera, el que había sido para ella como un padre.

Con toda el alma sentía aquella amargura. Y, al verlo muerto, los ojos se le llenaron de lágrimas. Pero entre ellas—sin que lo pudiese evitar y como el sol entre la lluvia, divino arco iris—saltábale la alegría del corazón, una alegría nueva, inexplicable, dulcísima...

Las lágrimas que rodaban por las mejillas iban a mezclarse con la sonrisa luminosa que le encendía los labios.

—¡Dios mío, qué mala soy!—pensó—. ¡Qué mala debo ser, Virgen mía, cuando no me deshago en sollozos, cuando no me muero de pena, viendo que me quedo sin lo que más quería. ¡Qué mala soy, Dios mío!

Cayó de rodillas frente al lecho mortuario y se puso a rezar. Los labios se movían, pero el pensamiento estaba ausente. El corazón temblábale con un respiro hondo y gozoso de libertad.

Por las anchas ventanas abiertas al cielo de la noche se asomaban los luceros. Todo sonreía... Nada había allí que hablase de la Muerte. Aquel cuerpo yacente bajo la sábana blanquísima, semejaba el bajorrelieve de un friso pagano. Y la estancia mortuoria, y el zaguán, y el palacio entero, eran como un búcaro desbordante de rosas. Todo el ámbito estaba embalsamado por el aliento penetrante y exquisito de rosas frescas..., el rastro que deja en las almas, y por dondequiera que pasa, el bello fantasma de las divinas embriagueces...

TUBOS

de acero estirado sin soldadura



SOCIEDAD ESPAÑOLA DE CONSTRUCCIONES

Babcock & Wilcox

Centrales Térmicas - Grúas y Transportadores - Construcciones Metálicas
Locomotoras y Automotores - Tubos de Acero estirado, soldados y fundidos **BILBAO**



Días de verano



CAFIASPIRINA nos alivia los dolores de toda clase, los de cabeza debidos al excesivo calor, los de muelas, neuralgias, etc. Sus efectos estimulantes contribuyen a restablecer nuestro bienestar. Su médico le aconsejará para bien de su salud gozar de la alegría que nos brindan los rayos del sol en los días de verano.